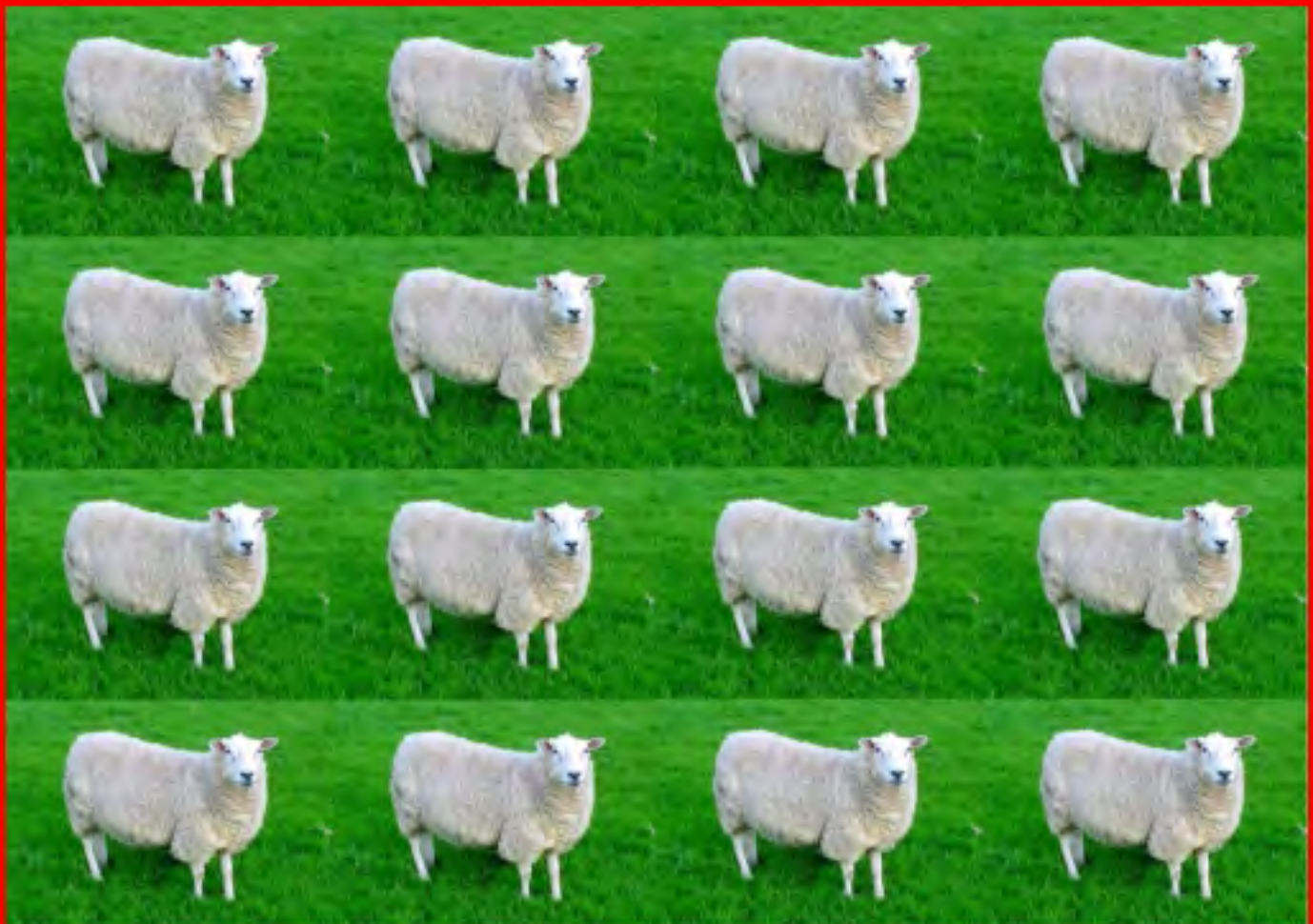


CLONES Y OTRAS HIERBAS

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL CANDIDATO	3
DINO	8
UNA NUEVA VIDA	17
ADOPCIÓN ESPECIAL	26
DE TAL PALO...	30
LA SEGUNDA OPORTUNIDAD	39
SER O NO SER	47
CARNE DE TU CARNE	53
EL ¿FIN? DE LA INFANCIA	59
UN FACTOR IMPREVISTO	68
EL HEREDERO	71

PRESENTACIÓN

El tema de la clonación, tan de moda últimamente, es el argumento principal de novelas como la inquietante *Los niños del Brasil* de Ira Levin, más conocida por su adaptación cinematográfica, por la pasada de rosca *Y mañana serán clones* de John Varley, o por el falso libro de ensayo *A su imagen. El niño clónico*, de David M. Rorvik, sin olvidarnos, claro está, de la descacharrante historia de la nariz del líder asesinado que pretenden clonar sus secuaces en *El dormilón* de Woody Allen. Sin embargo, todos estos ejemplos de mediados de los años setenta quedarían pronto oscurecidos por el éxito conseguido, ya en los años noventa, por Michael Crichton y su serie de *Parque Jurásico*, todo un éxito editorial y cinematográfico.

Yo, de forma mucho más modesta, también he abordado el tema en alguno de mis relatos, los cuales he agrupado aquí. Y como no eran demasiados, decidí ampliar la selección recogiendo no sólo a la clonación estrictamente hablando, sino también a otras temáticas relativamente afines -de ahí la coletilla “y otras hierbas”- tales como los trasplantes de cerebro, los intercambios mentales, etc... en ocasiones, con mi “toque personal”.

José Carlos Canalda

EL CANDIDATO

Rápida, atropelladamente, desfilaban por su mente las imágenes de su vida más reciente. Revivían de nuevo los congresos, los mítines, las agotadoras giras por todo el país. Sentía otra vez el agobio de la interminable campaña electoral, culminada por el suspense de la elección. Ahora era el blanco de todas las miradas, de todas las felicitaciones, de todos los odios. Se repetían los actos oficiales, la solemne ceremonia de proclamación, el no menos importante discurso a la nación...

Bruscamente, despertó. La luna estaba ya alta, y su pálida luz se filtraba por las entreabiertas persianas bañándole tibiamente el rostro. Su primera sensación, una vez despierto, fue de desasosiego, familiar impresión para todo aquél que vuelve a la vigilia en un lugar extraño. Trató de recordar. No se encontraba en su residencia habitual. Aquella estancia, débilmente iluminada por la luna llena, no era su dormitorio, sino que formaba parte de las habitaciones privadas reservadas al presidente de los Estados Unidos de América, en la Casa Blanca.

Él era ahora el responsable máximo de la nación más poderosa del planeta, y hacía ya siete días que su nombre, conocido e incluso temido en todos los rincones del globo, figuraba a la cabeza del ejecutivo de su país; pero revolviéndose en el lecho no pudo evitar la sospecha de que en realidad todo lo conseguido hasta entonces no había merecido la pena. Y él, el hombre más importante del mundo, con suficiente poder en su mano como para destruir a la totalidad del planeta, se sintió repentinamente solo. Y lloró.

Nunca supo cuanto tiempo permaneció así. Repentinamente sintió cómo la débil iluminación lunar era eclipsada por una violenta explosión de luz artificial. Alguien había encendido las lámparas de la habitación, penetrando en su interior. Irritado por semejante violación de su más recóndita intimidad, se incorporó de la cama buscando con la vista, momentáneamente deslumbrada, a los recién llegados. Éstos eran tres, el jefe de seguridad de la Casa Blanca y dos fornidos policías de su guardia personal. Arrepentido de su inicial arrebato, les indicó mudamente que se acercaran; no era costumbre del discreto oficial molestar sin motivo, y menos a horas tan intempestivas. Algo fuera de lo normal debía, pues, ocurrir. Por un instante dejó vagar su imaginación, soñando con su nombre escrito con letras indelebles en el libro de la Historia. Pero pronto recapacitó, recordando que no era más que un mediocre ciudadano americano elevado a la cúspide del poder merced a los votos de millones de americanos tan mediocres cuanto menos como él. Y sintió miedo, deseando con desesperación poder retornar al protector seno materno.

-Disculpe la interrupción, señor presidente -fue el saludo de su visitante-. Pero hemos de resolver aquí y ahora una importante cuestión que no admite demora.

-¿Qué ocurre? -preguntó alarmado-. ¿Un nuevo atentado?

-No, señor presidente. Se trata de usted.

-¿De mí? No lo comprendo.

-Desearía que aceptara esto con resignación, señor. El bien de la nación, e incluso del propio planeta, así lo exigen. Usted debe morir.

-¡Ustedes bromean! -exclamó despavorido al tiempo que trataba de ganar infructuosamente la puerta, bloqueado por la muralla humana de los dos pretorianos.

-No, señor presidente, por desgracia no bromeamos. Desearía que comprendiera que me ha sido encomendada una desagradable misión, y que deseo llevarla a cabo de la forma más breve y llevadera posible.

-¡Está loco! ¡Todos ustedes están locos! -bramó desesperadamente, intentando zafarse de las manos que le tenían férreamente asido por ambos brazos-. Por el Señor de los Cielos, ¿qué les he podido hacer yo? Hablan de mí como si se tratara de una alimaña que debe ser exterminada.

-Créame que lo siento, señor, y le puedo asegurar que no se trata de nada personal; pero es demasiado lo que está en juego y no podemos correr el riesgo de malograrlo. Una vida humana, aunque sea la suya, es en este caso un precio razonable -hizo una pausa y prosiguió-. Le ruego que se calme; nadie puede oír sus gritos. Así resultará más fácil para todos.

-¿Quiénes son ustedes? ¿La CIA? ¿Agentes enemigos? ¿O unos vulgares asesinos a sueldo?

-Por favor, señor presidente, no nos subestime. Cuando el destino del planeta está en nuestras manos, los conceptos del bien y del mal pierden todo su significado. No, no somos de la CIA, ni de ninguna otra agencia extranjera. Tampoco somos terroristas, ni criminales, ni tan siquiera unos locos. Nuestra misión es mucho más trascendental, ya que afecta a toda la humanidad y no tan sólo a una parte de la misma, y créame que esto que me veo obligado a hacer resulta realmente duro para mí.

-¿Para qué tanta explicación? -ironizó, repentinamente calmado-. Acabemos de una vez. Asesínenme.

-Usted no va a morir, señor presidente. Al menos, como persona pública. Lamentablemente, como individuo tiene que desaparecer para que su sustituto pueda ocupar su lugar. Es necesario que se haga así. En cuanto a su acusación, le diré que no somos unos asesinos. Obramos por necesidad, no por capricho. Ciertamente... llamémosle de justicia me mueve a explicarle nuestros motivos.

-Sus escrúpulos resultan ridículos -el miedo, paradójicamente, le había infundido arrestos-. Yo sólo sé que pretenden matarme, pese a que no he hecho nada que pudiera justificar este magnicidio. ¿Acaso esperan que les comprenda? ¿Y que lo acepte con resignación? ¿Quiénes se creen ustedes? ¿Dioses?

-¡Oh, no! Somos poderosos, pero no perfectos, y en nuestra condición de humanos en ocasiones hemos incurrido en errores que nos vimos obligados a subsanar. Pero no es el caso.

-Déjese de eufemismos inútiles -replicó extrañamente sereno-. Ustedes saben que mis propósitos son honrados. Díganme, pues, las razones por las que yo les estorbo.

-Veo que sigue sin comprender -suspiró el policía-. Han pasado ya muchos siglos desde que nos propusimos tomar las riendas de la humanidad, y pocos sucesos desde la destrucción de Cartago hasta la Segunda Guerra Mundial y la caída del bloque soviético han escapado a nuestro control. Incluso las convulsiones de los países islámicos han tenido bastante que ver con nuestros planes, por sorprendente que pudiera parecer. Y como es fácil suponer no podemos permitirnos el lujo de hacer con usted una excepción; nuestras proyecciones sociales predicen que, si le dejáramos continuar al frente del gobierno, el mundo acabaría sumido en una crisis de consecuencias incalculables.

-Comprendo -le espetó mordaz-. Yo no encajo en sus planes, y probablemente me consideran tan peligroso como Hitler, Stalin, Atila o vete a saber tú qué otro monstruo. Pero sepan que -se engalló-, de ser cierta su afirmación, no se puede decir que se hayan cubierto precisamente de gloria; basta con leer la historia para comprobarlo.

-Se equivoca de nuevo. Ni somos dioses, ni nunca hemos pretendido serlo. Jamás hemos deseado imponer a la historia unas pautas conforme a nuestros gustos, entre otras razones porque no hubiéramos sabido hacerlo; tan sólo nos hemos limitado a intentar encauzar a la humanidad por el camino más viable de entre todos los posibles, aunque en ocasiones éste resultara digamos... traumático. Nuestra labor se ha limitado únicamente a evitar desviaciones peligrosas de la ruta trazada hacia el fin último que es el bienestar de la especie humana.

-¿He de entender que todos los hechos históricos más trascendentales han sido manipulados por ustedes?

-Existen dos historias, la oficial y la real, y fuera de nosotros la única conocida es la primera de ellas. Si se refiere a ésta, la respuesta es afirmativa. Tenga en cuenta que la naturaleza posee unos mecanismos de seguridad que le permiten regular su actividad, pero al carecer de ellos la sociedad humana alguien tenía que intentar cubrir esta ausencia evitando de esta manera su autodestrucción.

-Entonces, ¿las elecciones presidenciales fueron una farsa?

-No. Era muy arriesgado intentar intervenir en una masa tan grande de personas; resultaba más sencillo esperar a que usted fuera elegido y obrar en consecuencia. La verdad -suspiró- es que es mucho más fácil controlar a un régimen autocrático que a una democracia.

-¿Acaso no respetan la voluntad de la mayoría?

-No sea ingenuo. La mayoría no tiene por qué estar en posesión de la razón; de hecho, casi nunca la tiene. Vuelvo a repetirle que nuestros criterios morales, si quiere denominarlos así, no tienen por qué coincidir necesariamente con los suyos.

-Mis ideales no son otros que el bien de mi país, del planeta entero incluso. ¿Qué daño puedo hacer?

-Por desgracia, lo que usted pretende no resultaría viable. Usted es un idealista y, como tal, potencialmente peligroso. Cegado por sus ideales jamás podría actuar con el necesario pragmatismo, por muy desagradable que éste pudiera llegar a ser, y en consecuencia tarde o temprano acabaría echando a perder nuestros planes. Usted ignora que el camino más directo entre dos puntos no siempre resulta ser una línea recta, y que a veces resulta inevitable cometer actos execrables con el fin de evitar males mayores.

-O sea, que según ustedes el fin justifica los medios...

-En ocasiones, y por duro que pueda parecer, sí. Sobre todo, cuando está en juego el futuro de miles de millones de personas.

-¿Y cómo van a cubrir mi hueco? ¿Suplantándome con un doble? Tarde o temprano se descubriría el fraude.

-Vuelvo a repetirle que usted desconoce absolutamente todo acerca de nosotros. Nuestros medios no son los normales. En estos momentos, y en un cuarto secreto de este mismo edificio, reposa en estado cataléptico un doble suyo. No se trata de un simple sosias, sino de una copia clónica creada *in vitro* a partir de unas células madre tuyas que obtuvimos clandestinamente, a la cual se le aplicaron las modificaciones necesarias para que pudiera desempeñar su labor de presidente conforme a nuestros planes. Nadie notará la diferencia, ni siquiera su esposa y sus hijos cuando se instalen aquí, puesto que poseerá sus propios recuerdos. Y le aseguro que será un buen gobernante, incluso será reelegido dentro de cuatro años.

-¿Cómo lo hicieron? -preguntó atónito, más sorprendido por tan insólita invasión de su intimidad que por la magnitud de tamaña proeza científica.

-Fue fácil -sonrió con amargura su verdugo-. ¿Recuerda cuando le sometieron a unas revisiones médicas exhaustivas? El encefalógrafo no era tal, sino un aparato capaz de copiar su memoria y su personalidad volcándolas sobre el cerebro vacío del clon; como comprenderá, no bastaba con tener una imitación suya biológicamente perfecta, necesitábamos también que ésta pensara como usted, que recordara como usted y que, en definitiva, se creyera usted.

-¡Eso es imposible!

-Para la ciencia oficial sí, pero no para la nuestra. Entre usted y el clon no existen más diferencias que una sutil modificación en algunas sinapsis claves de sus respectivas neuronas, lo suficiente para que pueda actuar conforme a nuestros planes sin ser consciente de ello, puesto que él creará estar obrando según le dicte su conciencia.

-¡Un momento! -exclamó el condenado, al borde de la desesperación-. ¿No podrían someterme a mí a ese mismo condicionamiento?

-Por desgracia, no puede ser -fue la desoladora respuesta-. La manipulación cerebral a esos niveles tan complejos sólo puede hacerse en un cerebro virgen, antes de que le sean implantados los recuerdos extraídos del... -titubeó- donante.

-Entonces...

Como puede suponer, usted es ya el único que estorba. Pero no se asuste; le aseguro que no sufrirá en absoluto. Además, de alguna manera usted seguirá perdurando en él.

La hora de la verdad había llegado. Intentó debatirse luchando desesperadamente por conservar su vida, pero todo resultó inútil. Firmemente sujeto por sus dos cancerberos sintió cómo una fría aguja hipodérmica le perforaba la piel; instantes después, todo era oscuridad y silencio.

El resto fue rápido. Al alborear la mañana, tan sólo una pequeña porción del cuidado jardín era mudo testigo de lo ocurrido, con la tierra levemente removida allá donde fueron enterradas unas cenizas anónimas. Aquella primavera los parterres florecerían con mayores bríos.

DINO

-Herr Wilhelm Müller, doctor.

-Bienvenido, señor Müller. Estoy a su disposición; pero, por favor, siéntese y póngase cómodo.

Obedeciendo a la invitación de su interlocutor, el periodista se dirigió hacia la silla que se le ofrecía al tiempo que observaba con interés el lugar en el que se encontraba. Era éste un despacho amplio y luminoso adornado con discreción y abierto a un cuidado jardín que se entreveía a través de los vidrios de la ventana situada en la pared trasera del mismo. Sentado al otro lado de la mesa se encontraba el propietario del mismo, un hombre de edad mediana y aspecto intelectual que le sonreía al tiempo que le alargaba amistosamente la mano.

Una vez satisfechos los ritos sociales requeridos por la situación, el científico decidió pasar sin más preámbulos al asunto objeto de la entrevista. No perdía el tiempo inútilmente, pensó Wilhelm al tiempo que rechazaba cortésmente el cigarro que le era ofrecido.

-Bien, señor Müller, según me decía usted en su carta, deseaba hacerme una entrevista con destino a la revista de la que es usted redactor. Por cierto; -se interrumpió- ¿le molesta que fume? ¿No? Gracias. Le aseguro que, por más que lo he intentado, jamás he conseguido abandonar este vicio.

-Está en lo cierto, doctor König. -respondió afablemente el periodista al tiempo que conectaba la grabadora que previamente había extraído de un bolsillo- Es usted toda una celebridad desde que logró la proeza de resucitar a los dinosaurios, y el gran público hacia el que está dirigida nuestra publicación se muestra muy interesado en conocer los pormenores de su exitoso trabajo científico; de hecho, son tan numerosas las cartas que llegan a nuestra redacción solicitando información sobre sus investigaciones, que creímos conveniente solicitarle una entrevista en la que pudiera explicarnos todos estos puntos... Claro está, -sonrió- que preferiríamos que fuera sin cargar demasiado la mano en los aspectos puramente científicos o técnicos; usted ya me entiende, se trata de perfeccionar un artículo de divulgación al alcance del ciudadano medio.

-Lo intentaré. -respondió condescendentemente su interlocutor al tiempo que daba una profunda chupada al cigarro- Aunque no se crea que esto me va a resultar fácil; estoy tan acostumbrado a redactar áridos comunicados científicos, que siempre que lo intento me cuesta trabajo comprender que la sociedad no la formamos sólo nosotros. Lo intentaré, por supuesto; -repitió- pero desearía que usted me fuera delimitando, a ser posible, las preguntas.

-Eso no plantea la menor dificultad. -el turno de sonreír le correspondía ahora a Wilhelm- Quisiera comenzar preguntándole acerca de los prolegómenos de su investigación... Porque, supongo, usted no partiría de cero.

-Por supuesto que no; nunca en la ciencia se procede así, sino que se arranca de lo descubierto anteriormente por otros colegas. En nuestro caso, y tengo que hablar necesariamente en plural puesto que yo soy tan sólo el coordinador de un numeroso grupo de investigadores, decidimos intentar la fusión de dos líneas de trabajo que hasta entonces habían marchado de forma completamente independiente: Por un lado, la recuperación -regeneración sería la palabra precisa- del material genético contenido en los huesos mineralizados de los fósiles; por el otro, la clonación de embriones de vertebrados. Ambas técnicas habían sido desarrolladas con anterioridad, pero nosotros fuimos los primeros en aplicarlas conjuntamente.

-Y tuvieron éxito.

-Bueno, es muy sencillo hablar a toro pasado una vez que las cosas han resultado al fin como todos queríamos que salieran; pero atrás quedó un largo camino de esfuerzos baldíos, de experimentos fracasados y, para qué vamos a negarlo, de intentos de abandono. No fue nada fácil, se lo aseguro.

-Nunca es tarde, si la dicha es buena... Pero dígame, ¿en qué consisten estas dos técnicas?

-Explicarlo es sencillo, aunque realizarlo no lo fue tanto... Pero comencemos por la primera. Hace unos años, se descubrió que en los materiales fósiles quedaban vestigios mineralizados de los ácidos nucleicos que habían constituido el material genético de esos seres cuando estaban vivos. Claro está que lo que quedaba no era propiamente el ADN sino, por decirlo de alguna manera, su impronta en el material fosilizado. Mediante unas técnicas extremadamente sutiles se pudo leer la secuencia de los nucleótidos que formaban este ADN y, llegándose aún más lejos, se consiguió al fin duplicarlo utilizando para ello material biológico. Por decirlo de una manera gráfica, se había logrado reconstruir un antiguo libro a partir de sus propias cenizas.

-Eso es muy interesante. -le interrumpió el periodista- Pero, ¿tuvo alguna aplicación práctica antes de que lo abordaran ustedes?

-Ninguna. -respondió el científico retrepándose en su butaca- Se trataba, simplemente, de una curiosidad científica. Sí que hubo alguien -siempre hay alguien que propone algo dejando a los demás que lo resuelvan- que dijo que ésta podría ser la manera de recuperar las viejas especies extintas... Pero ciertamente no pasó de ese punto.

-¿Y en cuanto a la clonación?

-Sí, ése fue el otro punto que tomamos de partida. Ya antes de nosotros se había demostrado que era factible, incluso en mamíferos, extirpar el núcleo de una célula reproductora -un óvulo, en definitiva- sustituyéndolo por otro procedente de un espécimen diferente. Claro está que aquí tropezábamos con un serio problema: todos los ensayos se habían realizado siempre con óvulos y células procedentes de la misma especie animal, ya que parecía haber una incompatibilidad mutua cuando se implantaba en un óvulo el núcleo procedente de una especie distinta. Y, claro está, nosotros no disponíamos de dinosaurios vivos de los que poder extraer células.

-¿Cómo lo resolvieron?

-Derrochando paciencia e ingenio. Para empezar, hubimos de buscar un animal, reptil evidentemente, que estuviera lo más próximo posible filogenéticamente hablando de los dinosaurios. Esto no era fácil puesto que, como es sabido, estos animales formaban unos órdenes taxonómicos bastante distintos de los de los reptiles actuales; de hecho, y como ahora hemos confirmado definitivamente, son unos animales muy evolucionados que en muchos aspectos están más cercanos a las aves que a los propios reptiles. Al fin, elegimos a los cocodrilos por dos motivos: son unos reptiles que no han evolucionado demasiado, con lo que conservan muchas características de sus antepasados primitivos y, además, están mucho más cercanos a los dinosaurios que los lagartos o las serpientes.

-Discúlpeme, pero hay algo que no acabo de comprender. Si los dinosaurios están emparentados con las aves, ¿por qué no recurrieron directamente a ellas?

-Hubo sus buenas razones. Las aves, en efecto, evolucionaron a partir de una rama de los dinosaurios, la de los dromeosáuridos, a la que pertenecían los famosos velocirraptores; pero a lo largo de millones de años de evolución el ADN de las aves actuales se volvió lo suficientemente distinto del de sus ancestros como para incompatibilizarlo con respecto a éste. Hay que tener en cuenta además que hubo muchas especies distintas de dinosaurios, tantas como hay hoy de mamíferos si no más, y que el ADN seleccionado por nosotros pertenecía a una especie muy alejada genéticamente de los antecesores de las aves.

-Pero estos dinosaurios también estarían muy alejados de los cocodrilos... -objetó el periodista.

-Cierto, pero al ser unos animales más primitivos, o menos evolucionados, comprobamos que sus células eran más capaces de aceptar ADN procedente de otras especies que las obtenidas de aves... es la misma razón, hasta cierto punto, por la que para la clonación de tejidos de mamíferos, e incluso de animales completos, se utilizan células madre sin evolucionar, el equivalente hasta cierto punto de las células procedentes de reptiles antiguos, en lugar de células especializadas de cualquier tejido.

»Así pues, -continuó- tomamos óvulos enucleados de cocodrilo y les inyectamos una especie de sopa formada por el ADN reconstituido de un pequeño dinosaurio del Triásico junto con el ARN purificado del propio cocodrilo para que hiciera de introductor de embajadores... tenga en cuenta que no teníamos la posibilidad de reconstruir el núcleo celular del dinosaurio, sino que sólo contábamos con su ácido desoxirribonucleico. Lo mezclamos todo, lo agitamos bien en la coctelera y -sonrió- cruzamos los dedos a la espera de ver qué pasaba.

-¿Y qué pasó?

-Fracasamos, evidentemente. Un núcleo es algo mucho más complejo que una tortilla de ácidos nucleicos. Así que, volvimos a intentarlo eliminando no la totalidad del núcleo sino tan sólo los cromosomas, a los que sustituimos por nuestro ADN *dinosauril*. No, se equivoca. -se interrumpió el biólogo al ver la expresión del rostro del periodista- Volvimos a fallar. La célula no reconocía el ADN como suyo y moría sin llegar a duplicarse. Aparentemente, habíamos llegado a un callejón sin salida; podíamos clonar núcleos procedentes de la misma especie animal, lo hacíamos incluso rutinariamente, pero éramos incapaces de conseguir que nuestros óvulos de cocodrilo aceptaran el ADN del dinosaurio.

-Luego entonces...

-Entonces se nos ocurrió la idea, y digo nos porque no fue mía la sugerencia sino de uno de mis ayudantes, de recurrir a la inclusión de genes de dinosaurio dentro de los cromosomas del propio cocodrilo; obtendríamos así un ser híbrido o, para hablar con más propiedad una quimera, que sería genéticamente intermedio entre ambos. Pusimos manos a la obra y, tras algunos intentos baldíos, conseguimos al fin nuestro primer monstruito, al que algún guasón bautizó con el nombre de *cocosaurio*.

-No he oído hablar nunca de ese animal.

-Es natural. Tenga en cuenta que se trataba de un simple eslabón intermedio en nuestra búsqueda de un dinosaurio genuino; además, no era viable y el embrión moría antes de llegar a término su desarrollo, por lo que en ningún momento llegamos a comunicar al gran público -sí al mundo científico- su... digamos nacimiento. Pero, lo que es más importante, sus células sí se dividían y podían ser cultivadas *in vitro* indefinidamente. Así que, conseguida nuestra primera etapa, volvimos a repetir el experimento añadiendo más fragmentos de ADN de dinosaurio a los cromosomas de nuestro animalito, obteniendo al cabo un segundo *cocosaurio* que tenía ya más de *saurio* que de *coco*.

-Y repitiendo el proceso varias veces...

-Acabamos consiguiendo un dinosaurio genéticamente puro, al menos hasta donde eran capaces de llegar nuestras técnicas de análisis. Y le aseguro que cuando *Dino* (así bautizamos a nuestro primer dinosaurio) rompió el cascarón de su huevo, muchos de nosotros sentimos más entusiasmo que cuando nacieron nuestros propios hijos... Bueno -se interrumpió- será mejor que no escriba eso; nuestras mujeres podrían enfadarse mucho.

-Descuide. -sonrió jocosamente Wilhelm- Lo pondré de una manera que exprese convenientemente su júbilo sin necesidad de alterar su paz conyugal. Bien, ya habían conseguido su objetivo y *Dino* fue presentado en sociedad; lo recuerdo perfectamente, era un animalito del tamaño de un perro grande. Y mi pregunta, que estoy convencido de que estará en la mente de muchos lectores, es la siguiente: ¿Por qué un dinosaurio tan pequeño? Siempre que pensamos en uno de estos animales nos imaginamos un coloso de treinta o cuarenta metros de largo; y *Dino*, aunque era terriblemente simpático, constituyó una auténtica decepción por culpa de lo exiguo de su tamaño.

-Estaba convencido de que me iba a hacer esa pregunta. -respondió el doctor König sonriendo de oreja a oreja- Mucha gente desconoce el hecho de que los dinosaurios eran de todos los tamaños y que *Dino* tenía pues tanto *pedigree* como sus primos mayores. Pero no, no fue casualidad; ¿se imagina usted lo engorroso que hubiera resultado tener un diplodocus en el laboratorio? ¿O las vacas que se hubiera comido al día un tiranosaurio enjaulado? Por razones prácticas decidimos ya desde el principio trabajar con un animal lo suficientemente pequeño como para que no creara problemas de alimentación o espacio. Además, normalmente los animales pequeños se suelen reproducir con mayor rapidez que los grandes, lo que suponía otra ventaja añadida. Y es que, huelga decirlo, no nos bastaba con un único ejemplar; queríamos que *Dino* tuviera familia.

-¿Cómo lo consiguieron?

-Fue fácil. *Dino* era hembra, y no por casualidad, sino porque así lo habíamos decidido para nuestra mayor comodidad. Ciertamente no teníamos en ese momento ningún macho capaz de enamorar a nuestra pequeña, pero sí que disponíamos de abundantes óvulos de dinosaurio gentilmente puestos a nuestra disposición por nuestra mascota mientras que, por otro lado, habíamos regenerado la suficiente cantidad de ADN de otros extintos congéneres suyos como para garantizar un suficiente número de clonaciones distintas. Ahora ya no hubo el menor problema, puesto que se trataba de la misma especie biológica... Y poco después teníamos toda una prole de pequeños dinosaurios perfectamente capaces de reproducirse siguiendo las técnicas tradicionales. -comentó con socarronería- Y, como tuvimos la suerte de que estos animalitos fueran tremendamente prolíficos, a la vuelta de unas cuantas camadas nos encontramos con el suficiente número de ejemplares como para asegurar que esa especie estaba definitivamente rescatada del olvido de los siglos.

-Y con ellos, les vino tanto el éxito científico como el económico. ¿Me equivoco?

-Bien, -titubeó el científico- Es cierto que a partir de entonces hubo una enorme demanda de animales tanto por parte de centros de investigación como por zoológicos, sin olvidar que en muchas ocasiones también se han convertido en animales domésticos muy solicitados. Sí, tiene usted razón; nuestra fundación ha recaudado una buena cantidad de dinero por la venta de estos animales... pero tenga usted en cuenta que, aparte de la financiación del proyecto en sí, mantener las granjas de cría es muy costoso. Además, -remachó- el dinero obtenido por este concepto es invertido íntegramente en investigación; le aseguro que no nos hemos dormido en los laureles.

-No, por supuesto que no; -respondió con socarronería el periodista- máxime teniendo en cuenta que su demanda judicial acerca de la propiedad de los *derechos de autor* de todos los dinosaurios nacidos fuera de sus granjas parece ir por buen camino, al menos en nuestro país; pero si le parece bien dejemos este tema; bastará con que rellene esta parte de la entrevista con algunos comentarios del equipo de redacción. ¿Está usted de acuerdo? -y ante el mudo asentimiento de su interlocutor continuó- Lo que ahora me interesa es que me comente cuáles son sus proyectos actuales así como los que tienen previsto llevar a cabo en un futuro inmediato.

-Me alegra que podamos sacar a relucir este punto, que considero realmente interesante. -comentó a su vez König visiblemente aliviado por poder volver a su terreno olvidado ya el resbaladizo tema de las reclamaciones judiciales planteadas por su equipo- En primer lugar, continuamos desarrollando el proyecto *Dino* merced a un programa de mejora genética que incluye tanto la selección de razas como la introducción de nuevo material genético a partir de fósiles; tenga usted en cuenta que la totalidad de los dinosaurios actualmente vivos proceden de muy pocas muestras distintas de ADN, por lo que el riesgo de degeneración genética es todavía bastante alto.

-Tengo entendido que ustedes también han *resucitado* otras especies nuevas de dinosaurios.

-Así es. Una vez consolidada la primera especie, buscamos reproducir otras distintas, aunque próximas. Y, aunque la diversidad genética de los dinosaurios era muy grande, máxime si tenemos en cuenta que existieron durante la friolera de ciento sesenta millones de años, nuestro trabajo fue mucho menos laborioso puesto que, lógicamente, a partir de entonces comenzamos a utilizar para las clonaciones óvulos de estos mismos animales. Claro está que, aunque contamos ya con más de dos docenas diferentes de especies, éstas no están todavía digamos... comercializadas. Pero ya tenemos todo un pequeño zoológico que le recomendamos encarecidamente que visite.

-Lo visitaré... acompañado de un fotógrafo, si no les importa. Pero dígame. Se comenta que la totalidad de sus dinosaurios son pequeños, y a la gente le gustaría poder contemplar un estegosaurio, un diplodocus o un tiranosaurio.

-Tiene usted razón; el animal más grande que hemos reconstruido hasta ahora no mide más allá de cinco metros de largo, aunque dentro de poco tendremos el primer pterodáctilo vivo, lo que sin duda resultará bastante espectacular de cara al gran público y todavía más interesante para los científicos, puesto que estos animales no estaban emparentados con los dinosaurios. Pero vuelvo a insistir en el problema que supondría mantener a estos animales tan enormes sin que crearan problemas graves; de todos modos, le puedo anticipar que la Unesco ha prometido financiar un proyecto merced al cual se crearía una reserva de grandes dinosaurios en una isla desierta del Pacífico Sur... algo así como la isla de King Kong pero, claro está, sin el propio King Kong. A tanto, la verdad, no hemos llegado todavía -bromeó.

-Eso me da pie para una nueva pregunta. Hasta ahora, sólo han reproducido reptiles. ¿Por qué no hacen lo mismo con las aves o los mamíferos extintos?

-Porque no podemos. Ya nos gustaría poder contar con mamuts o con tigres dientes de sable vivos, e incluso con otros desaparecidos en fechas mucho más recientes como el moa o el lobo marsupial; esto sin olvidar que el gobierno de la isla Mauricio nos viene rogando desde hace mucho que recuperemos al dodo ya que sería, sin duda, la principal atracción turística de la isla... pero hasta ahora nos ha resultado completamente imposible aplicar esta técnica a los animales de sangre caliente; bueno, de sangre caliente según la antigua clasificación, puesto que supongo que sabrá que los dinosaurios poseen un rudimentario pero efectivo sistema de control de su temperatura corporal.

-Sí, claro que lo sé; pero lo cierto es que desde hace años se han venido clonando mamíferos...

-Pero en todos los casos se trataba de especies vivas, y siempre a partir de células y ADN de la misma especie. Supongo que usted estará pensando que si hemos podido recuperar el ADN de fósiles de más de doscientos millones de años de antigüedad, debería ser mucho más fácil hacerlo con animales que en algunos casos, como ocurrió con el lobo marsupial, se extinguieron a principios del siglo XX; pero lamentablemente no es así, al menos por el momento.

Y ante el gesto de extrañeza de su interlocutor, el científico continuó:

-Por la razón que sea, recuperar ADN fósil de mamíferos, y a veces ni tan siquiera fósil, puesto que existen pieles y ejemplares disecados de tan sólo unos cientos de años de antigüedad, resulta ser mucho más complicado que con los dinosaurios; de hecho, todos los intentos de clonar mamuts han fracasado hasta ahora a pesar de que se conservan muchos cadáveres de estos animales perfectamente preservados por el frío y el hielo de Siberia y de que contamos además con unos parientes suyos muy próximos, los elefantes, ideales para ser utilizados como donantes de óvulos.

Entonces, ¿No hay la menor posibilidad de resucitar mamíferos fósiles?

-Amigo mío, en la Ciencia no hay nada imposible; pero lo cierto es que, si bien no descarto que en un futuro se pueda conseguir este objetivo, nosotros hemos fracasado al intentarlo y, por lo tanto, hemos desistido de seguir por ese camino.

-Luego desaparece la posibilidad, ciertamente inquietante, de que se pudiera resucitar a personas muertas hace siglos o milenios... estoy pensando en nuevos Atilas, por ejemplo, campando por sus respetos.

-Ciertamente sería muy difícil hacerlo con Atila, puesto que sus sucesores enterraron el cadáver en un lugar secreto que nunca ha sido localizado. -bromeó el biólogo- Pero puede tranquilizar usted a sus lectores, ya que esta circunstancia no se dará al menos en mucho tiempo; por ahora, tendremos que conformarnos con los dinosaurios. Otra cosa diferente sería clonar a una persona viva; si ya se ha hecho con ovejas, vacas, caballos, perros, ratas y hasta con macacos, no sería más complicado hacerlo con humanos. Claro está -añadió- que se trataría de algo completamente ilegal y, por lo tanto, muy difícil de realizar de forma clandestina, ya que para ello se necesitaría un instrumental tan complejo que resultaría prácticamente imposible hacerlo a escondidas de las autoridades... que por otro lado supervisan a todos los grupos de investigación involucrados en este tipo de ensayos genéticos.

-De todas formas, me gustaría insistir en esa hipótesis que, ciertamente, es muy periodística. Suponiendo que se pudiera *resucitar* -aunque quizá no sea ésta la palabra más correcta- a un personaje histórico a partir de sus cenizas, ¿se comportaría igual que su lejano antecesor? ¿Atila seguiría siendo el Azote de Dios y Julio César intentaría conquistar de nuevo las Galias?

-¡Oh, por supuesto que no! Esta persona sería genéticamente idéntica a su modelo, pero conviene no olvidar que la personalidad de un individuo viene determinada no sólo por los cromosomas sino también por el ambiente en el que vive y por la forma en la que es educado. Tendríamos un sosias de Atila que, en las mismas circunstancias históricas y culturales en las que se desarrolló el rey de los hunos, probablemente acabaría comportándose de forma similar a la suya; pero no olvide que, desde el siglo V a esta parte, ha llovido bastante y ya no quedan, que yo sepa, ni bárbaros ni romanos. Se trata, en definitiva, del conocido tópico de los dos hermanos gemelos que son educados por separado y en ambientes totalmente distintos.

-Bien, doctor, no cabe duda de que esta respuesta, al igual que el resto de la entrevista, resultará muy interesante a nuestros lectores. Le agradezco su amabilidad y, por supuesto, prometo enviarle un ejemplar de la revista en el momento en que ésta salga publicada. Y ahora, si me disculpa, -dijo Wilhelm al tiempo que se incorporaba de su asiento tendiéndole la mano- me temo que me queda bastante por hacer en la redacción.

Instantes después, Wilhelm Müller paseaba por las calles de la ciudad con un gesto de satisfacción marcado su rostro. El hecho de que la ciencia considerara oficialmente imposible la clonación de seres humanos fallecidos facilitaba sobremanera el triunfo de la Operación Sigfrido, el secreto mejor guardado en el mundo desde la II Guerra Mundial. No, el sacrificio de tantos y tantos patriotas no había sido en vano y, del pequeño fragmento de hueso carbonizado que, con peligro de su propia vida, había sido rescatado por un fiel servidor antes de que los rusos penetraran en el destruido búnker e hicieran desaparecer el cadáver del amado Führer, los científicos leales a la causa habían hecho renacer a un joven Adolfo Hitler que hacía muy poco había cumplido los doce años escondido en su secreto refugio. Y en cuanto a su formación... afortunadamente eran bastantes y estaban muy bien preparados los camaradas nazis que se habían encargado de su correcta educación desde el mismo instante de su nacimiento; y, cuando el nuevo Führer tuviera la edad suficiente para asumir su gran responsabilidad histórica, el ansiado Nuevo Reich sería al fin una gloriosa realidad que, en esta ocasión sí habría, de durar mil años.

UNA NUEVA VIDA

Son muchas sin duda las personas que cuentan entre sus vivencias con alguna experiencia que se les antoja insólita cuando no decididamente excepcional; pero creo poder afirmar, para desgracia mía, que son muy pocos los que han podido sufrir un calvario siquiera similar al mío... De lo cual soy yo, por cierto, el único culpable.

Todo empezó hace tres largos años. Yo era un próspero empresario que tenía de casi todo; dinero, bienes, una vida regalada... Y cerca de setenta años, para mi desgracia. Había enviudado hacía poco luego de muchos años de un matrimonio tan ejemplar como aburrido, y no me faltaban ganas de disfrutar de toda una serie de placeres que hasta entonces me habían estado poco menos que vedados por culpa de la mojigatería de mi mujer y de mi cobardía a la hora de plantearme alguna aventura extraconyugal.

El problema era mi edad o, por hablar con mayor propiedad, lo decrepito de mi cuerpo, el cual ciertamente no estaba para demasiados trotes ahora que por fin se habían hundido los muros de mi prisión. En circunstancias normales no me hubiera quedado otro remedio que resignarme a hacer lo poco que buenamente pudiera a la par que envidiaba y odiaba a los estúpidos y arrogantes niños veinteañeros... Pero yo era de los pocos que conocían la existencia de las *Casas del Placer*, y de los aún más escasos que podían permitirse el lujo de pagarlo; y ciertamente no lo dudé un solo instante.

Antes de continuar adelante conviene hacer una aclaración. ¿Conocen ustedes los trabajos de Schultz y Ferry acerca de las bases fisiológicas de la consciencia? No, supongo que no. Bien, sus artículos están publicados en varias revistas científicas, pero éstas no suelen ser leídas por el gran público; y como luego vino la ley Beachman prohibiendo en los Estados Unidos este tipo de investigaciones... Esto sí saltó a los periódicos, pero lo cierto es que no llegó a tener demasiada trascendencia ni siquiera cuando poco después la práctica totalidad de los países desarrollados, el nuestro incluido (los demás no contaban demasiado), firmaban un protocolo internacional adhiriéndose a la prohibición. Por aquel entonces un par de guerras razonablemente importantes en el Tercer Mundo junto con una severa crisis de gobierno en nuestro país acapararon el interés informativo de unos periodistas que, siguiendo su costumbre, ignoraron olímpicamente todo aquello que pudiera suponer una información de corte científico. Es preciso reconocer que el tema tenía sus riesgos y que los políticos obraron sensatamente impidiendo que éste continuara adelante; pero lo cierto es que se trataba de algo apasionante no ya para los propios científicos, sino también para cualquier persona mínimamente interesada en algo tan apasionante como la mente humana.

Schultz y Ferry, en definitiva, intentaban desentrañar los sofisticados mecanismos biológicos que permiten el desarrollo de las actividades cerebrales humanas prestando

especial atención a todo lo relacionado con el pensamiento abstracto; partiendo de la base, y he aquí la originalidad de su teoría, de que debía de haber una dualidad cerebrolmente similar a la que existe entre un ordenador y los programas que soportan, estos investigadores trataron de hallar las analogías existentes entre estos dos sistemas, el biológico y el informático. Un creyente hubiera pensado rápidamente en el concepto del alma, pero no iban por ahí los tiros dado que tanto Ferry como Schultz se declaraban agnósticos y, lo que es más importante, en todo momento actuaron como tales.

Estudiemos la analogía. Cualquiera que tenga unos mínimos conocimientos de informática sabrá que el ordenador y los programas son cosas completamente distintas y diferenciadas entre sí por más que ninguno de ellos sea capaz de funcionar sin el auxilio del otro; los anglosajones, menos escrupulosos que nosotros a la hora de acuñar nuevas expresiones, los han bautizado respectivamente con las horrorosas -pero precisas- palabras de *hardware* y *software*, hoy más o menos implantadas en la jerga informática internacional a falta de una traducción propia mejor y más eufónica que la literal de *parte dura* y *parte blanda*... Pero dejémonos de disquisiciones gramaticales y continuemos con el relato. Un programa precisa de un ordenador para poder funcionar, eso es evidente, pero podrá hacerlo en cualquiera siempre que éste reúna ciertos requisitos mínimos de compatibilidad y suficiente complejidad tecnológica. Dicho con otras palabras, un programa no está limitado a un único ordenador y viceversa, sino que unos y otros son perfectamente intercambiables.

Y ahora llega la pregunta clave que se formularon Schultz y Ferry. ¿Ocurriría algo similar con la mente humana? ¿Sería posible intercambiar los intelectos de dos personas con sus respectivos cerebros? O, por el contrario, ¿estaba cada mente ligada irrevocablemente a su cuerpo? En contra de lo que el sentido común dictaba, Schultz y Ferry postularon que era así. ¿Era ésta la explicación científica de la existencia del alma? No, al menos en la forma con que era interpretado este tema por las diferentes religiones, ya que estos investigadores dejaron bien claro que, conforme a su teoría, nunca se podría obtener una mente aislada de un cerebro, ya que éste le resultaba imprescindible para poder existir, lo cual descartaba la posibilidad de una mente pura al estilo de las descritas por Arthur C. Clarke en su novela *2.001*.

A pesar de las limitaciones impuestas por sus propios creadores, la teoría causó un enorme revuelo en el mundillo científico ya que, de ser cierta, podría abrir el camino a algo tan inquietante como era el tráfico de cuerpos. Mientras la polémica estuvo reducida al campo teórico la sangre no llegó al río, pero cuando los dos investigadores manifestaron su intención de iniciar la experimentación con seres humanos las cosas comenzaron a complicarse. La universidad en la que trabajaban acabó cancelándoles el proyecto de investigación, y para cuando consiguieron financiación privada -las malas lenguas afirmaron ya entonces que se trataba de dinero poco limpio- los legisladores ya habían tomado cartas en el asunto declarando ilegal toda investigación en ese campo.

Que la Administración estadounidense se tomara tan en serio algo que a muchos científicos les parecía simplemente descabellado, indica bien a las claras el temor de la misma a que las revolucionarias ideas de Schultz y Ferry pudieran ser llevadas a la práctica, aunque no faltó quien dijera que se trataba tan sólo de una medida electoralista por parte de unos políticos que, cual nuevos inquisidores, volvían a condenar a Galileo sin haberle siquiera escuchado.

Lo cierto fue que, a la vista de los resultados posteriores, el remedio acabó siendo peor que la enfermedad. Estigmatizados por su gobierno, marginados por su propia universidad y con sus carreras científicas virtualmente acabadas, los pobres de Schultz y Ferry, interesados únicamente en sus teorías, no comprendieron que obstáculos tan peregrinos pudieran interponerse entre ellos y sus objetivos... Así pues, cayeron fácilmente en las redes de aquéllos que descubrieron rápidamente el filón que acababan de descubrir; y Schultz y Ferry se embarcaron ingenuamente en una aventura clandestina de inciertos resultados de la cual ellos sólo fueron capaces de ver la posibilidad de continuar con sus experimentos.

Y así lo hicieron. Poco después ambos *desaparecían* en un oportuno accidente de avión sobre la selva amazónica, comenzando a trabajar, ya sin trabas de ningún tipo, en un magnífico laboratorio secreto montado expresamente para ellos. Nadie sabe con seguridad que es hoy de Schultz y Ferry, pero lo que sí es conocido es que consiguieron culminar con éxito su trabajo... El cual, por culpa de la cerrazón de los gobernantes de su país, vino a caer en las peores manos posibles.

Dicen las malas lenguas que desde entonces los grandes capos de la delincuencia mundial cambian periódicamente de cuerpo tanto por motivos de seguridad como por el deseo de disfrutar de una eterna juventud convertida de hecho en una virtual inmortalidad, y dicen también que todo fugitivo de la justicia capaz de pagar su astronómico precio podrá disponer de esta manera de una perfecta nueva identidad. Personalmente, yo dudo que esta técnica de traslación de mentes pueda ser útil de una forma indiscriminada, ya que salvo en casos muy concretos la compatibilidad entre mentes y cerebros distintos es muy relativa. Una parte de nuestra personalidad es ciertamente independiente por completo de la estructura fisiológica del cerebro, pero el resto está amoldado a nuestras redes neuronales de forma tan íntima que no podrá encajar, o encajará muy mal, en otro diferente.

La explicación es sencilla. Al contrario de lo que ocurre con los ordenadores, los cuales son fabricados todos en serie sin mayores diferencias que las existentes entre los distintos modelos, cada cerebro humano es algo único y diferente de los demás. Sobre este cerebro singular se desarrollará la personalidad -es decir, el *programa*- a lo largo de toda la vida también de una manera singular, lo que marca también otra diferencia con la informática al ser cada *programa* distinto del resto. Si tanto el cerebro como la mente de una persona son únicos y están hechos además *a medida*, ¿qué ocurriría si a pesar de

todo tuviera lugar un intercambio de mentes? Bien, resultaría algo así como calzarse un zapato estrecho o vestirse con ropa varias tallas menor; la mente implantada se encontraría incómoda en un cerebro distinto del suyo, viéndose entorpecida para desarrollar buena parte de sus actividades normales... Pero de no mediar una incompatibilidad demasiado grande, el cambio sería posible y perfectamente soportable, al menos durante un período de tiempo. Eso sí, la mente huésped siempre acogería con alivio la vuelta *a casa*, es decir, a su cerebro, único lugar donde se podría encontrar completamente a sus anchas.

Como es fácil suponer tales limitaciones reducían la viabilidad del descubrimiento de Schultz y Ferry a poco más que el simple interés científico y, como mucho, a algún que otro caso desesperado; pero los patrocinadores del proyecto, deseosos como estaban de rentabilizar su costosa inversión, acabaron encontrándole una aplicación práctica: *Las Casas del Placer*.

Pese a que el erotismo y el sexo son tan antiguos como la propia especie humana, nunca se había llegado tan lejos en el goce de los placeres carnales... Aunque, claro está, nunca hasta entonces hubiera sido posible hacerlo... Y no precisamente por falta de ganas. Porque, ¿Quién no ha soñado alguna vez -o muchas- con tener un cuerpo perfecto capaz de conquistar a cualquier mujer? ¿Quién no ha soñado con tener por compañera -o compañero- a alguien con un cuerpo tan perfecto como el suyo? ¿Quién no ha mirado con envidia y desesperación a esas personas tan deseables y a la vez tan inalcanzables?

Ya no importaba ser feo, gordo o viejo... Bastaba con tener el suficiente dinero y estar dispuesto a gastárselo. Completamente ilegales en buena parte del planeta, las *Casas del Placer* estaban repartidas por diversos países del Tercer Mundo cuyas autoridades, bien engrasadas con dinero, hacían la vista gorda a todo lo que tenía lugar en su interior... Aunque, objeciones morales aparte, ningún daño se causaba a nadie ni nadie era obligado a actuar en contra de su voluntad. Voluntarios, y bien pagados, eran los que prestaban sus cuerpos para disfrute de sus disipados *clientes*, hombres y mujeres jóvenes todos ellos convertidos en profesionales de una extraña variante de la prostitución... La prostitución más perfecta jamás imaginada, puesto que aquí no sólo se compraba el cuerpo del compañero sino también el suyo propio. Mientras tanto, los cuerpos de los *clientes* yacían narcotizados en una camilla conteniendo en sus cerebros las mentes dormidas de los vendedores de cuerpos, puesto que a pesar de todos los esfuerzos realizados no se había conseguido conservar una mente en ningún otro lugar que no fuera un cerebro humano, lo que forzaba a que el intercambio fuera forzosamente simultáneo y recíproco.

Pero creo que ya me he extendido demasiado con la narración, por lo que volveré a explicar mi propia aventura. Tras un largo período de indecisión, y animado por varios amigos bastante más calaveras que yo, acepté finalmente acudir a una de las *Casas del*

Placer; en mala hora, puesto que esta iniciativa habría de ser la que labrara mi infortunio. Pero entonces, claro está, todavía no lo sabía.

Fui recibido con toda amabilidad por el director de la *Casa del Placer*, hecho éste que no es de extrañar dado que mi escapada iba a dejar en sus arcas el equivalente a varios años de sueldo de un ejecutivo medio. Me fue enseñado un catálogo fotográfico repleto de opciones tan explícitas que hubieran hecho palidecer de envidia a un director de películas pornográficas, decidiéndome finalmente por un mocetón rubio digno de competir con el propio Adonis... Un verdadero atleta, según me explicó mi interlocutor tras felicitar me por la elección. Claro está que si quería podría optar también por un cuerpo femenino; aunque el encaje de mi mente con su cerebro sería peor, por supuesto, el placer extra proporcionado por el goce del sexo desde el *otro lado* compensaría con creces las incomodidades.

Decliné el ofrecimiento ya que lo que yo quería era tan sólo retozar con unas cuantas muchachas; con el cuerpo del mocetón, pues, me conformaba. Tras esto fue informado de algunos requisitos que tenía forzosamente que respetar, los cuales eran básicamente dos: Mantener el anonimato y no hacer nada que pudiera suponer un daño físico al cuerpo que me sería *prestado*. Lo primero se explicaba dado que las personas con las que reuniría serían asimismo *clientes* de identidad desconocida, mientras que lo segundo excluía explícitamente todo tipo de prácticas sadomasoquistas por razones tan obvias como la de evitar el deterioro del *parque móvil* con el que contaba el centro. Hechas estas salvedades todo lo demás estaba permitido y quedaba a la libre discreción de los usuarios; sexo en grupo, homosexualidad, cualquier tipo de fantasía erótica... Esto ya no era asunto suyo.

No voy a extenderme más de lo necesario relatando los pormenores de mi aventura, amén de que desconozco por completo las técnicas que permitieron el milagro. Sólo sé que me pusieron desnudo en una camilla, me conectaron una serie de electrodos por distintas partes del cuerpo, me inyectaron una droga narcótica que me sumió rápidamente en la inconsciencia... Y desperté sintiendo un molesto dolor de cabeza.

-Aguarde un momento con los ojos cerrados. -dijo una voz perteneciente a alguien situado fuera de mi campo visual- El dolor de cabeza se le pasará en unos instantes.

Así fue. El dolor desapareció sin dejar rastro, pero me quedó una extraña sensación como si tuviera un eco en el cerebro... Efecto secundario de la transferencia mental, según supe más tarde. Abrí finalmente los ojos, me incorporé -mientras tanto habían retirado los electrodos- y me miré ansiosamente en el espejo que oportunamente habían colocado ante mí.

¿Han experimentado ustedes la sensación de ver a través de los ojos de otra persona? No, claro que no; pero les puedo asegurar que la experiencia resulta ser de lo más perturbadora. Allí estaba yo -¿realmente era yo? -erguido y desnudo, convertido en

alguien distinto capaz de causar la admiración de cualquier mujer que se cruzara en mi camino... Todo un cuerpazo como jamás hubiera soñado poseer.

El resto fue sencillo. Una vez satisfecha suficientemente mi curiosidad, fui vestido con un albornoz y llevado, todavía tambaleante, a un lugar mitad hotel mitad jardín en una de cuyas suntuosas habitaciones fui dejado. A partir de entonces, todo era ya cosa mía. Allí no había nadie que no fueran los propios *clientes*, todos ellos embutidos en unos cuerpos de ensueño; existía, por supuesto, un servicio de mantenimiento, pero éste era tan eficaz como invisible.

Apenas unas horas después había trabado conocimiento, en el más amplio sentido de la palabra, con una rubia despampanante capaz de quitar el hipo a cualquiera. Y a partir de aquí... El delirio. Sin entrar en detalles innecesarios, puedo asegurarles que no lamenté en absoluto la fortuna que me había costado la broma, ya que el resultado merecía realmente la pena.

El contrato era por una semana, pero a los dos días había tenido ya más ración de sexo que la disfrutada en toda mi vida; y lo que me quedaba todavía, puesto que con mi nuevo cuerpo había heredado no sólo un vigor físico sorprendente sino también, producto sin duda del cerebro que tenía prestado, una para mí totalmente desconocida lascivia.

Las cosas comenzaron a torcerse el cuarto día. Me encontraba en mi habitación descansando plácidamente de la orgía de la noche anterior, cuando de repente se presentó un criado solicitándome que le acompañara a la clínica para resolver -dijo- un pequeño problema. Esta iniciativa se salía por completo de lo normal, por lo que temiéndome que en realidad se tratara de algo realmente grave, me apresuré a ponerme un albornoz como única indumentaria corriendo en pos del hermético sirviente.

El problema era realmente grave. Según me comunicó un atribulado médico, mi cuerpo original, que había continuado estando narcotizado durante todo ese tiempo, había sufrido un infarto. En esos mismos momentos se le estaba tratando médicamente, pero el ataque había sido bastante fuerte... No, no tenía por qué preocuparme, ya que en ningún lugar iba a estar tan bien atendido como allí.

Esto último era cierto, pero ¡qué carape! Era mi cuerpo, por lo que forzosamente tenía que preocuparme. Bien pensado la situación era absurda: Estaba asistiendo, *desde fuera*, al desarrollo de una gravísima crisis que podía afectar de forma decisiva a mi propia vida... Y la afectó, vaya si la afectó, puesto que a pesar de todos los esfuerzos realizados fallecía algunos minutos después sin que pudieran hacer nada por impedirlo.

Estaba muerto... Rematadamente muerto. Y sin embargo ahí estaba yo, contemplando como un estúpido mi cadáver a través de los ojos de otro; de hecho, desde el cuerpo de otro. Esta situación hubiera sido capaz de volver loco a cualquiera, y

yo estuve al borde mismo del precipicio. Por su parte, los responsables del centro estaban todavía más desconcertados que yo; según repetían una y otra vez con insistencia, era la primera ocasión que les ocurría un desastre de esta magnitud... Y debía de ser cierto, por cuanto se mostraban totalmente incapaces de reaccionar ante una situación cuyo control se les había escapado por completo.

El revuelo, huelga decirlo, fue monumental. Creo recordar que tuve un ataque de histeria y hube de ser sedado, o quizá simplemente me desmayé... No lo sé a ciencia cierta, aunque esto realmente no tiene mayor importancia. Desperté en una camilla, ya tranquilizado, encontrándome frente al propio director de la *Casa del Placer*, el cual me contemplaba fijamente con una expresión entre inquieta y preocupada tallada en su rostro.

Tras aclararse la voz me planteó la situación en toda su crudeza: Mi cuerpo estaba muerto, y con él la mente de quien me prestara el suyo; el retorno a la situación original era, pues, imposible, por lo que estaba condenado a permanecer tal como estaba durante el resto de mi -su- vida. Pero no acababan aquí los problemas. Legalmente yo había fallecido y, puesto que mi país consideraba ilegal el cambio de mentes, jamás podría reclamar el reconocimiento de mi nueva y forzada identidad. A partir de entonces, me gustara o no, tendría que asumir la personalidad del joven en cuyo cuerpo me encontraba.

Y ahí radicaba el otro gran inconveniente. Mi... fallecimiento había puesto en una situación sumamente incómoda a los gestores de la *Casa del Placer*, tanto por la publicidad negativa que pudiera suponer de cara a los futuros *clientes*, como por la más que previsible desbandada de unos *trabajadores* a los cuales evidentemente no les haría ninguna gracia correr el riesgo de acabar siendo enterrados dentro de un cuerpo decrepito y roto.

Dicho con otras palabras, se me pedía -en realidad se me exigía- una discreción absoluta renunciando por completo a dar a conocer mi desventura. La *Casa* no quería escándalos de ningún tipo, pero si yo colaboraba con ellos todo iría sobre ruedas y recibiría toda la ayuda necesaria para salir de mi difícil situación. Por el contrario si yo no lo hacía, lamentándolo mucho se verían obligados a adoptar medidas poco agradables contra el inmigrante ilegal indocumentado que accidentalmente había pasado por allí.

Acepté; no me quedaba otra elección. Estaba en sus manos y ellos lo sabían, y yo sabía que no tendrían el menor escrúpulo a la hora de hacerme desaparecer si por una u otra razón comenzaba a resultarles incómodo. Arreglaron fácilmente lo de mi cadáver - apareció en la cama de mi hotel, y todos los empleados juraron a la policía que la noche anterior había entrado normalmente en la habitación- y me ofrecieron su ayuda... Con la

inexcusable condición de que admitiera ser trasladado a cualquier otra *Casa del Placer*, por cuanto allí no podría continuar por evidentes razones de seguridad.

Acepté asimismo el forzoso traslado, aunque era consciente de que mi riesgo personal continuaría siendo prácticamente el mismo por muy sumiso que me mostrara... Y tenía muy claro lo que debía hacer. Así pues, me perdí sigilosamente a mitad del camino auxiliado eficazmente por una de mis acompañantes, a la que seduje; curiosa paradoja para quien durante toda su vida había contado sus conquistas prácticamente por fracasos.

De esta manera me encontré con lo puesto perdido en los bajos fondos de una capital sudamericana, único lugar en el que esperaba poder vivir en paz; aunque lo cierto es que me inclino a creer que se olvidaron de mí apenas comprendieron que ya no era ningún peligro para ellos. Alejado por voluntad propia de sus dominios y convertido en un paria, ¿quién iba a creer mi disparatada historia?

Había salvado la vida, eso era cierto, pero me había quedado sin todo lo demás. Legalmente no existía y ni tan siquiera me quedaba la menor posibilidad de recuperar tan sólo una mínima parte de mi dinero, ya que hasta las tarjetas de crédito me habían sido arrebatadas a raíz del accidente... La muerte tenía que parecer natural, me dijeron, y no tenía mucho sentido que con posterioridad a la misma se retirara dinero de mis cuentas corrientes. No tenía, pues, ni oficio ni beneficio alguno, ni más patrimonio que mis ropas y mi prestado cuerpo... Triste trueque el mío, reducido a una existencia de miseria después de haber disfrutado de una vida regalada y cómoda ya que no demasiado feliz.

Cierto es que gracias al cambio de mente no desaparecí del todo a la par que mi viejo cuerpo... Aunque son muchas las veces que me he preguntado si la vida que me veo obligado a llevar ahora merece realmente la pena. Yo hubiera preferido no despertar en la camilla, pero así lo ha querido el destino y así he de aceptarlo yo, puesto que no tengo valor suficiente para dar el paso que me libraría definitivamente de mis problemas.

Han pasado ya más de tres años. Tres años durante los cuales me he visto obligado a arrastrarme amargamente por los estercoleros más inmundos de la sociedad. Yo, que había sido uno de los empresarios más importantes de mi país; yo, que estaba considerado como un genio de los negocios capaz de sacar dinero hasta de debajo de las piedras, me veo ahora incapaz de realizar hasta la venta más sencilla... Y no porque haya olvidado mis antiguas habilidades, sino porque a mi nuevo cerebro le es imposible hacerlo por mucho que lo intente. Soy, en definitiva, como un conductor de coches de carreras al que le hubieran arrebatado su vehículo condenándolo a circular en un modesto utilitario; porque, ahora lo sé, la mente no lo es todo y necesita el soporte de un

cerebro para poderse desenvolver en toda su capacidad, y yo tuve la mala suerte de caer en el de un auténtico cretino incapaz de realizar las tareas intelectuales más simples.

¿Cómo me gano ahora la vida? De la única manera que sabía hacerlo mi limitado anfitrión: Vendiendo mi cuerpo. Ésta era y es mi única baza, y la aproveché tal como la había aprovechado mi antecesor: Prostituyéndome una y otra vez. Atrapado en este rincón del planeta sin poder retornar a un país que no me reconoce ya como suyo, tan sólo me queda el recurso de esperar, esperar hasta que el destino decida finalmente sobre un vida, la mía, de la cual me quise burlar cual Ícaro ingenuo al que su osadía habría de abrasar.

ADOPCIÓN ESPECIAL

-Así pues, ustedes desean comprar a un niño.

-Bueno, yo... -el cliente, un hombre de mediana edad y aspecto anodino, mostraba de forma patente su incomodidad.

-No tiene por qué excusarse; -le tranquilizó el vendedor, acostumbrado como estaba a situaciones similares- Nuestro negocio es escrupulosamente legal y cuenta con todas las bendiciones del Estado.

-Sí, pero pese a ello no acabo de acostumbrarme del todo. Antes no ocurría así.

-¿Y qué importa eso? -terció su esposa, molesta por sus tardíos escrúpulos- Se puede hacer y lo haremos, y nadie tiene derecho a reprochárnoslo; eso ya lo hemos hablado.

-Comprendo sus temores, pero no tienen por qué dejarse influir por la oposición a nuestras actividades que pueda existir en ciertos sectores sociales. -el vendedor conocía el terreno que pisaba- Muchas prácticas que hoy están completamente asumidas por la totalidad de la sociedad contaron en su día con una fuerte contestación: El divorcio, el aborto, la fecundación *in vitro*, los trasplantes de órganos... Hasta las simples transfusiones de sangre eran rechazadas por algunas sectas religiosas. ¿Pero hemos de detenernos por ello? Nuestra compañía es pionera en este campo, y esto es lo que muchos no nos perdonan. Pero las leyes son claras y sólo a ellas debemos obedecer; por supuesto que todo el mundo tiene derecho a manifestar su opinión, pero lo que no se puede admitir son las coacciones de ningún tipo. El futuro es de los valientes. -concluyó esbozando una amplia sonrisa.

-Está bien. -admitió finalmente el cliente, más por temor a un enfrentamiento con su mujer que por convencimiento real- Estamos a su disposición.

-Perfecto. -zanjó satisfecho el vendedor al tiempo que abría una carpeta sobre su mesa- Comprendo que a mucha gente todavía le choque la compra de un niño, pero se trata de algo completamente consecuente con la actual tecnología de reproducción artificial; al fin y al cabo una vez dominada la fecundación *in vitro* el siguiente paso a dar era el de la creación industrial de embriones y su selección para obtener niños sanos y poco menos que a la carta... Y esto cuesta dinero, mucho dinero, por lo que el altruismo de las antiguas adopciones no tiene ya el menor sentido. Ustedes pueden elegir ahora un niño con unas características determinadas, y si no disponemos de él en nuestras maternidades nos comprometemos a suministrárselo en un plazo inferior a un año; y con garantía total, por supuesto, de ausencia de cualquier tipo de tara genética.

Como pueden comprobar, las ventajas son enormes frente a la lotería del antiguo sistema.

-Vayamos al grano. -le interrumpió la impaciente mujer- Todo eso ya lo sabemos.

-Como ustedes quieran. Va a ser una adopción normal, supongo.

-Normal no, especial. -respondieron a dúo los dos cónyuges.

-¿Especial? -pese a su experiencia, el vendedor no pudo evitar su sorpresa- No es lo más habitual teniendo en cuenta su edad... -titubeó- Pero el cliente es el que manda.

-Yo prefiero precisamente ahora. -remachó él.

-Por supuesto; por parte de la compañía no existe el menor inconveniente, pero supongo que serán conscientes de que la tarifa de una adopción especial es mucho más elevada que la correspondiente a la adopción normal...

-Lo sabemos. Si necesitan ustedes un aval bancario... -respondió el cliente haciendo ademán de buscar algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

-¡Oh, no se preocupen por eso! No es necesario por ahora. Lo que sí me interesaría es saber si ustedes conocen todos los detalles de las adopciones especiales.

-Disponemos de la documentación que nos fue remitida por su compañía. -explicó la esposa- ¿Acaso no es completa?

-Por supuesto que sí; nuestra seriedad con el cliente es absoluta. Pero no es lo mismo una información escrita que una explicación personal. Por lo tanto, me gustaría saber si necesitan algún tipo de aclaración al respecto.

-Realmente la información que nos remitieron era bastante completa. -insistió ella con tozudez- Tras el nacimiento del niño éste, en lugar de ser entregado a los compradores, es retenido en las instalaciones de la compañía hasta los...

-Cinco años aproximadamente. -atajó su interlocutor- La complejidad de las adopciones especiales exige un tratamiento postnatal que sólo puede ser llevado a cabo por personal muy cualificado.

-¿Y luego?

-Eso es algo que depende de ustedes, aunque si lo desean la propia compañía puede encargarse también de la crianza posterior.

-Preferimos que sea así.

-Perfecto. -respondió el vendedor haciendo una anotación en sus papeles- Necesitaremos, por supuesto, unos análisis médicos previos para determinar la compatibilidad genética y bioquímica, ya saben...

-¿Lo pueden hacer ustedes?

-Por supuesto, pero no es obligatorio. Pueden realizarlos donde prefieran siempre y cuando esté homologado por el Ministerio de Sanidad.

-Háganlo entonces. Para nosotros es mucho más cómodo que tener que ir yendo de un lado para otro.

-Les agradezco la confianza que ponen en mi compañía, y les aseguro que no quedarán defraudados. La satisfacción plena de los clientes es nuestra prioridad absoluta.

-¿Cuándo podemos comenzar?

-Cuando ustedes lo deseen; de todos modos, teniendo que cuenta que el proceso completo se va a prolongar durante al menos quince años, tiempo es precisamente lo que nos sobra. Si les parece bien, podemos ir preparando todos los documentos necesarios para los trámites legales pertinentes... ¡Ah, se me olvidaba! Nuestra compañía les ofrece, de forma completamente gratuita, un seguro que cubre todas las posibles incidencias que puedan tener lugar durante el proceso de adopción, aunque les puedo garantizar que las posibilidades de que tenga lugar algún percance son virtualmente nulas.

-Está bien. -zanjó el cliente levantándose de su asiento (momentos antes lo había hecho su esposa) y estrechando la mano del vendedor- Quedamos a la espera de su llamada para firmar los documentos y hacer los primeros pagos.

-No se preocupen ustedes; -respondió su interlocutor satisfecho por la buena venta que había realizado- serán avisados en el momento en el que esté todo listo... Dentro de unos tres días, cuatro a lo sumo.

Instantes después el matrimonio se alejaba, también satisfecho, camino de su domicilio. El esposo se preguntaba, ilusionado, cómo se sentiría en el interior de un cuerpo joven, sano e infinitamente mejor que aquél que la naturaleza le había otorgado, un cuerpo todavía no nacido al cual dentro de quince años, cuando hubiera crecido lo suficiente, le sería trasplantado su cerebro.

Estaba bien esta posibilidad de rejuvenecerse gozando de un cuerpo perfecto hecho prácticamente a medida... ¡Y que hubiera retrógrados que lo condenaban! Al fin y al cabo al feto se le inhibía el desarrollo de todas las partes de su cerebro ajenas al control del sistema vegetativo, por lo cual no podía decirse que se asesinara a nadie al extirparle

al cuerpo su cerebro con objeto de sustituirlo por el del comprador... Porque un cuerpo sin funciones cerebrales, con encefalograma plano desde antes incluso del nacimiento, no podía ser considerado ni legal ni moralmente un ser humano. Si se extraían órganos de personas cerebralmente muertas sin que nadie se escandalizara por ello, ¿por qué había de ser distinto aprovechar el cuerpo entero y no sólo el corazón o los pulmones?

Decididamente no le preocupaba en absoluto lo que pudieran decir algunos cretinos de él; la ley le amparaba, y eso era más que suficiente. Era una verdadera lástima que tuviera que esperar nada menos que quince años, quince largos años hasta que su nuevo cuerpo fuera lo suficientemente grande para ser trasplantado; pero merecería la pena.

Tan sólo una cosa le inquietaba. ¿Qué iba a hacer entonces con alguien tan vieja como su mujer? Bueno, se respondió filosóficamente, tendría mucho tiempo para pensarlo.

DE TAL PALO...

-Francamente, señor Coloma, su petición es... ¿cómo lo diría? Desconcertante.

-Pero escrupulosamente legal, se lo aseguro; aunque supongo que esto habrá sido comprobado por sus servicios jurídicos.

-Por supuesto que ha sido comprobado. -el representante de *Reproducción Asistida S.A.* se removió inquieto en su asiento- Siempre lo hacemos con todos nuestros clientes; nuestra actividad empresarial nos obliga a ser prudentes, máxime si tenemos en cuenta que nuestra compañía es multinacional y las legislaciones vigentes en los distintos países donde estamos implantados varían mucho de unas a otras.

-Incluso en algunos está prohibido lo que hacen ustedes. -apuntó maliciosamente Luis Coloma.

-En efecto; ¿para qué lo vamos a negar? Los fundamentalismos religiosos de cualquier tipo nos tienen anatemizados, y ya sabe usted que por desgracia estos fanáticos controlan los resortes del poder, directa o indirectamente, en amplias zonas del planeta.

-Pero yo soy español, nos encontramos en España y es a las leyes españolas a las que debemos acogernos. -zanjó su interlocutor, poco deseoso al parecer de sumirse en disquisiciones filosóficas- Y estas leyes, insisto en ello, permiten mi petición.

-Digamos más bien que no la prohíben explícitamente. -le corrigió el ejecutivo- Usted ha tenido la habilidad de haber ido buscando uno por uno todos los vacíos legales que existían en las diferentes normativas que afectan al caso, para posteriormente agruparlos con objeto de aprovecharse de ellos.

-¿Acaso tiene esto algo de malo? -sonrió cínicamente su cliente- Se trata de una práctica que siempre se ha hecho, y gracias a ella se forjaron muchas grandes fortunas... Lo que no está prohibido está permitido, como afirma una máxima jurídica universal. Además yo no busco beneficio económico alguno, y ni siquiera deseo la menor notoriedad.

-No es sólo eso. -el empresario se encontraba francamente embarazado- Nuestra empresa se apoya en una tecnología puntera que se encuentra en constante evolución, lo que hace que frecuentemente nos adelantemos a los legisladores introduciéndonos en terrenos vírgenes desde el punto de vista jurídico. Esta circunstancia nos obliga a ser extremadamente prudentes, ya que lo último que deseamos es tener roces con cualquier gobierno... Con aquéllos que permiten nuestras actividades, claro está; -se corrigió- el resto, obviamente, no nos interesa lo más mínimo.

-¿No le parece que eso es hilar demasiado fino?

-Considérelo así si lo desea, pero ésta es la política oficial de nuestra compañía. No se trata, pues, de una cuestión legal, sino simplemente de ética. No queremos correr el riesgo de que una iniciativa nuestra demasiado arriesgada pudiera ser acogida con rechazo por parte de la sociedad independientemente de su estatus legal en el momento de realizarla, y todavía deseamos menos provocar una reacción que se salde con una prohibición de dicha iniciativa.

-Las leyes nunca pueden ser aplicadas con carácter retroactivo.

-Por supuesto que no; pero de ser así dañaría irremisiblemente a la imagen de nuestra empresa, y este es un riesgo que no estamos dispuestos a correr.

-Está bien; veámoslo ahora de otra manera. -insistió Coloma cambiando de táctica- ¿Qué les hace pensar que mi solicitud, en el caso de que fuera llevada a cabo, pudiera provocar un rechazo generalizado e, incluso, la prohibición de hechos similares en un futuro? ¿Qué pruebas tienen ustedes de que fuera a ocurrir así?

-No es cuestión de tener pruebas, señor Coloma, sino de desviarse o no de las pautas de conducta que voluntariamente nos hemos marcado. Y nuestros servicios jurídicos desaconsejan aceptar su petición, dado que consideran que ésta podría llegar a crearnos unos perjuicios que no deseamos.

-¿Son vinculantes esos informes?

-Por supuesto que no, pero suelen ser respetados. Nuestros abogados son unos magníficos profesionales que conocen perfectamente su oficio.

-Luego no tengo nada que hacer.

-Así es; al menos, claro está, que consiga convencernos de lo contrario. -era tan sólo un puro formulismo impuesto por las reglas de cortesía de la empresa, pero se arrepintió inmediatamente después de haberlo dicho.

-Esto abre una puerta a la esperanza.

-Lamento desilusionarlo; se trata de una opción que siempre ofrecemos a nuestros clientes, pero las posibilidades reales de que su reclamación sea atendida son muy escasas.

-Al menos me dejarán intentarlo.

-Por supuesto. -suspiró su interlocutor lamentándose de su mala suerte- Aunque le advierto que no es a mí a quien tiene que convencer, sino a nuestros abogados. Le

remitiremos a su domicilio una copia del informe de nuestros servicios jurídicos, y a partir de entonces usted podrá alegar todo lo que considere oportuno.

-Mucho me temo que eso no va a servir de nada; usted mismo acaba de decírmelo. - Luis Coloma no renunciaba a la lucha- Realmente a quien quiero convencer es a usted, ya que es usted quien tiene la última palabra.

Era cierto, y su presunto cliente lo sabía. Así pues, no le quedaba otro remedio que atenderlo pacientemente... Aunque al final acabara quitándoselo igualmente de encima.

-Está bien. -suspiró al fin- Pero sólo le puedo conceder como mucho media hora; tengo unos compromisos que no puedo eludir.

-Será suficiente, -respondió triunfante Coloma- No necesitaré más de la mitad de ese tiempo.

-“*Muy seguro te sientes*”. -se dijo para sí el empresario- “*Pero no sabes que, digas lo que digas, me pienso cerrar en banda*”.

-De acuerdo. -dijo intentando disimular sus verdaderas intenciones- Puede comenzar cuando quiera; le escucho.

-¿Alguna vez se ha parado usted a pensar, desde un punto de vista ético, cuáles son las verdaderas motivaciones de su empresa?

-“*Ganar dinero*” -fue su inmediato pensamiento.

-¡Claro que sí! -fingió indignarse- Algo tan legítimo como ayudar a la gente a tener hijos. ¿Acaso es criticable traer al mundo a una persona que por medios naturales nunca hubiera podido nacer?

-No, por supuesto que no. -sonrió cínicamente Coloma- En este punto usted y yo estamos completamente de acuerdo. Pero, claro está, las técnicas de inseminación artificial, fecundación *in vitro* y reproducción asistida tienen lógicamente unos límites.

-Evidentemente. -refunfuñó el empresario, cada vez más confundido- La legislación española, por ejemplo, prohíbe seleccionar el sexo de los embriones, provocar artificialmente su escisión en varios embriones gemelos, insertarles genes procedentes de otros embriones, sean éstos humanos o no, y en general utilizarlos en cualquier tipo de investigaciones científicas... Pero éste no es ningún secreto. ¿A dónde quiere llegar usted?

-A mi petición, esa misma petición que sus servicios jurídicos han recomendado desestimar. ¿Acaso la clonación de embriones humanos está prohibida no ya por la legislación española, sino por cualquier otra europea u occidental?

-De sobra sabe usted que no; -el representante de *Reproducción Asistida S.A.* más que hablar, parecía querer masticar las palabras- Y de sobra conoce también nuestras razones para rechazar su propuesta.

-Claro que las conozco. -se burló Coloma- Que si no hay nada legislado al respecto es porque hasta ahora ninguna empresa de genética humana ha podido, o querido, clonar embriones humanos, pero que de realizarse estas prácticas serían inmediatamente prohibidas... Lo cual no deja de ser una hipótesis bastante aventurada.

-Se trata de algo mucho más serio que una simple hipótesis, señor Coloma. Nosotros tenemos nuestras propias fuentes de información, y le aseguro que hay políticos muy influyentes que están deseando tener la menor excusa para echarnos las manos al cuello; lo cual, créame, es algo que no nos apetece en absoluto.

-Bobadas. Yo también tengo mis fuentes de información, y sé que existen numerosas personas no menos influyentes que están a favor de la clonación. Además... - interrumpió deliberadamente la frase.

-Además, ¿qué? -preguntó alarmado su interlocutor.

-También sé que su empresa ha realizado con éxito clonaciones en óvulos de mamíferos... Las cuales, por cierto, han sido mantenidas en secreto.

-¿Cómo sabe usted eso? -el empresario se dio cuenta demasiado tarde de su error e intentó rectificar lo mejor que pudo- No hubo más secreto que el necesario para evitar posibles espionajes industriales, lo normal en compañías que trabajan con tecnología punta. Nuestras investigaciones fueron realizadas con animales domésticos, y su único fin era el de buscar posibles mejoras en la explotación ganadera. Ya sabe usted; vacas, ovejas, cerdos... Pero jamás se planteó, ni siquiera a título de hipótesis, hacerlo con seres humanos. Además, finalmente se decidió abandonar el proyecto dado que existían serias dudas acerca de su posible viabilidad económica; era demasiado arriesgado, y la empresa no quería perder dinero.

-Pero desde el punto de vista científico cubrieron todos sus objetivos; y si pudieron hacerlo con un óvulo de vaca o de cerdo, presumo que también podrían haberlo hecho con uno humano.

-Supongo que sí; pero lo cierto es que ni se hizo, ni se hará. El laboratorio fue desmantelado, los científicos fueron redistribuidos en otras secciones de la empresa, y los informes con los resultados fueron puestos a buen recaudo en una caja fuerte de la compañía... Eso fue todo, le guste o no.

-Lamento contradecirle, pero me temo que se ha olvidado de algo. -ignorando el gesto de asombro que se reflejaba en el rostro de su interlocutor, Luis Coloma continuó-

En primer lugar, no es cierto que el proyecto se cancelara definitivamente tal como se hizo creer a los investigadores que participaron en el mismo; en realidad se montó un segundo laboratorio, mucho más pequeño pero también mucho más sofisticado, encargado de continuar con el proyecto allí donde fuera abandonado por el equipo digamos oficial; apenas media docena de personas dirigidas por el profesor Schwartz... Todo un genio en el campo de la genética, pero también una persona controvertida a causa de lo escasamente ortodoxo de sus métodos. ¿No tuvo que abandonar Alemania a raíz del escándalo de los fetos deformes? Claro está que nunca se le pudo probar delito alguno, pero tanto su prestigio como el de la clínica que dirigía quedaron hechos añicos; de hecho, tuvo que desaparecer discretamente para evitar la presión social a la que se vio sometido. Y mira por dónde ha aparecido...

-¡Eso es mentira! -estalló el representante de *Reproducción Asistida S.A.* perdidos definitivamente los nervios- Su afirmación es completamente falsa, y yo no estoy dispuesto a consentir que usted insulte a nuestra compañía. Le ruego que se marche ahora mismo.

-Como usted quiera. -respondió flemáticamente Coloma- Pero le advierto que tengo en mi poder unos documentos por los cuales se mostrarían sumamente interesados numerosos periodistas.

Y ante el gesto de incredulidad de su interlocutor le ofreció una carpeta que acababa de sacar de su cartera.

-Juzgue por usted mismo; -remachó- por supuesto, se trata tan sólo de unas simples copias.

El rostro del empresario mudó del rojo de la ira a la palidez de un difunto con mayor rapidez que lo hubiera hecho un camaleón apenas hubo visto los papeles que Coloma había puesto ante sus ojos. Evidentemente, éste contaba con buenas bazas y sabía además aprovecharlas.

-¿Cómo ha conseguido usted esto? -preguntó finalmente en tono glacial.

-¿Qué importa eso? Lo único que le interesa saber es que lo tengo en mi poder.

-Se trata de un chantaje, supongo.

-La palabra es sumamente fea, pero si lo quiere usted llamar así; de todas maneras, le aseguro que he intentado evitar por todos los medios tener que recurrir a estos documentos. -su rostro contrito contrastaba vivamente con el tono hipócrita de sus palabras- Si ustedes hubieran aceptado inicialmente mi petición...

-Sabe usted de sobra que eso era imposible. Bien, dígame el precio; mucho me temo que tendremos que pagárselo nos guste o no.

-¡Oh! ¿Por quién me toma? Yo no soy ningún chantajista vulgar, sino alguien que tiene un problema y desea verlo resuelto.

-¿Cuánto? -insistió el empresario ignorando sus cínicas protestas.

-Nada, ya se lo he dicho. Por fortuna no tengo ningún problema económico; antes bien me sobra el dinero, y estoy dispuesto a pagar muy generosamente la intervención que les he solicitado... Además, claro está, de entregarles toda esa documentación comprometida para que puedan hacerla desaparecer. Al fin y al cabo no es mucho lo que les pido, ya que por lo que yo sé el equipo del profesor Schwartz tiene completamente desarrollada la técnica de clonación en óvulos de mamíferos.

-No es tan sencillo como usted cree, y le aseguro que esa decisión no depende de mí. El proyecto *Géminis* -era la primera vez que utilizaba el nombre clave- está controlado directamente por la cúpula de la compañía; yo únicamente conozco su existencia, pero carezco de la menor capacidad de control sobre el mismo.

El hombre era sincero y Luis Coloma lo sabía; pero la batalla estaba ya ganada.

-Bastará con que muestre a sus superiores la carpeta que le he entregado y les comunique mis deseos; supongo que se mostrarán tan comprensivos como usted. -recalcó con sarcasmo- Por otro lado, me comprometo a guardar el más absoluto de los silencios; de hecho, ni siquiera mi propia esposa conocerá la verdad. Para ella será una simple fecundación *in vitro* con mis espermatozoides y sus óvulos.

-Está bien. -el representante de *Reproducción Asistida, S.A.* se rindió definitivamente- Supongo que será lo mejor para todos nosotros. Pero le advierto que el equipo del profesor Schwartz no ha trabajado jamás con embriones humanos, ni tenían previsto hacerlo.

-Pero sí lo ha hecho con monos antropoides, con un éxito total; y desde el punto de vista genético los chimpancés y nosotros somos virtualmente idénticos.

-Como usted quiera; pero le advierto que no podríamos hacernos responsables de un posible fallo.

-Eso no tiene por qué ocurrir, pero en cualquier caso asumo el riesgo.

-Bien. -suspiró el agente- Esto deja zanjado el asunto, al menos en lo que a mí respecta. ¿Me permite hacerle una pregunta?

-Hágala. -Luis Coloma paladeaba su triunfo.

-¿Por qué tiene tanto empeño en realizar un clon de sí mismo? No se puede decir que se trate de un deseo frecuente.

-Es una larga historia. -Coloma se sentía eufórico y accedió complacido a satisfacer la curiosidad de su interlocutor- Como usted sabe soy un industrial de prestigio, y mis negocios funcionan francamente bien... Pero no tengo hijos a pesar de mis doce años de matrimonio, y yo deseo un heredero que pueda gobernar mis empresas cuando yo me haya ido o cuando, simplemente, desee jubilarme.

-Sí, pero...

-Sé lo que va a decirme. -le interrumpió- Cuando supimos que mi mujer no podía tener hijos acudimos a los especialistas, como tantas otras parejas, y éstos nos recomendaron recurrir a la fecundación *in vitro*. Las garantías de éxito, nos dijeron, eran muy grandes, por lo cual decidimos hacerlo así. En aquel momento yo no me había planteado ni por asomo la cuestión de la clonación, pero una afortunada casualidad hizo caer en mis manos la documentación que usted ya conoce; el resto fue inmediato.

-¿Pero por qué no tener un hijo normal?

-Usted no lo entiende. Es mucho lo que se ha discutido sobre el peso de la herencia y del ambiente en la formación de la personalidad, y aun hoy en día hay opiniones para todos los gustos. Yo soy un firme partidario de la herencia, y deseo que mi hijo sea lo más parecido a mí.

-Sinceramente, me parece un poco exagerado.

-En absoluto. Fíjese en algo que puede parecer trivial, pero que en realidad no lo es: Todos nosotros recibimos nuestro patrimonio genético a partes iguales de nuestro padre y de nuestra madre... Pero el reparto se hace al azar, lo que no garantiza en modo alguno que obtengamos lo mejor de cada uno de ellos; de hecho, en muchas ocasiones ocurre justo al contrario. La historia está llena de ejemplos de monarcas magníficos que tuvieron hijos cretinos. ¿La educación? No lo creo, puesto que Cómodo, por poner un ejemplo concreto, es de suponer que fuera educado esmeradamente por su padre Marco Aurelio; o Felipe III por su padre Felipe II, o Carlos IV por su padre Carlos III. Sin duda, los caprichos del azar juegan a veces malas pasadas.

-Está usted moviéndose por un terreno muy resbaladizo.

-No lo crea. Voy a ponerle un ejemplo más concreto. ¿Nunca se ha parado a pensar por qué en una misma familia unos hijos salen completamente distintos a los otros? Y aquí cabe suponer que la educación y el ambiente hayan sido idénticos en todos los casos.

-El silencio de su interlocutor, que tenía un hijo adolescente que le traía de cabeza, fue la más elocuente de las respuestas.

-Y todavía hay más. -continuó Coloma- Yo soy un hombre que me he hecho a mí mismo partiendo de cero, puesto que mi padre era un simple trabajador; nada debo pues al ambiente, y mi éxito ha de atribuirse exclusivamente a una afortunada asociación de genes que no se dio en ninguno de mis hermanos, pues todos ellos no han pasado de ser una medianías. Por si fuera poco mi mujer es de una vulgaridad total al igual que el resto de su familia. Ya se puede imaginar usted; fue mi primera y única novia, cuando yo aún no pasaba de ser un joven inexperto y ambicioso que por no tener no tenía ni tan siquiera trabajo. Hace mucho que dejé de estar enamorado de ella, si es que alguna vez llegué a estarlo, pero me he acostumbrado a su compañía y siempre que necesito un desahogo me resulta bastante fácil encontrar una alternativa. Además, el divorcio me saldría demasiado caro. Por otro lado, mi mujer podría ser una perfecta madre para mi hijo; siempre y cuando sea mi hijo y no el suyo, puesto que no deseo que herede ninguno de sus defectos que, créame, son muy numerosos.

-Está bien; usted sabrá lo que hace. No seré yo quien le haga objeciones éticas o morales.

-Tampoco las aceptaría. Pero confiésemme una cosa. ¿Nunca se ha parado a pensar qué hubiera sido de usted de haber gozado de las oportunidades de que no dispuso? ¿Si hubiera podido evitar errores que marcaron para siempre su vida? Todos nosotros nacemos con un potencial, nuestra herencia, que dependiendo de las circunstancias en que nos desenvolvamos se podrá desarrollar en mayor o menor medida... O no desarrollarse en absoluto. ¿Se imagina qué hubiera pasado con Einstein de haber nacido éste en plena Edad Media? O precisando aún más: ¿Cuántos genios no habrá perdido la humanidad debido a que éstos se vieron inmersos en un ambiente desfavorable?

-No le falta razón, pero...

-No hay peros que valgan. Le voy a exponer mi caso particular. Como ya le he dicho, yo me tuve que desenvolver en un ambiente muy desfavorable. A pesar de ello conseguí finalmente salir a flote, pero ¿se imagina hasta dónde podría haber llegado de haber dispuesto desde el principio de los medios de los que carecía?

-Esa es una simple especulación sin la menor trascendencia práctica. En la vida no se puede volver atrás, por lo cual estos planteamientos son completamente inútiles.

-Se equivoca. Sí se puede, y yo voy a hacerlo. ¿Acaso no se ha planteado alguna vez el deseo de que sus hijos sean más que usted, que dispongan de los medios de los cuales no pudo usted gozar?

-Por supuesto que sí; eso nos ha pasado a todos. -respondió el pobre hombre volviendo a acordarse del tarambana de su hijo.

-Pues bien, yo quiero ir todavía más lejos. Quiero que mi hijo sea como yo mismo, pero que disfrute de todas las facilidades que yo no tuve. Quiero que sea, en definitiva, como a mí me hubiera gustado ser.

-Usted está loco.

-Puede que sí; pero ha habido muchos locos gloriosos en la historia, y no me desagradaría en absoluto identificarme con ellos. Mi hijo será justo como yo hubiera podido ser, y le aseguro que me encargaré personalmente de ello. Sospecho que tendré que mantener a raya a mi mujer para que no me lo malogre, pero esto es algo que se puede conseguir con un buen abrigo de visión o con un mercedes nuevo. Y ahora, si me permite, me gustaría retirarme. Espero sus noticias.

Mientras Luis Coloma abandonaba el despacho, su propietario se sumió en profundas meditaciones. La pretensión de su cliente se le antojaba cuanto menos una extravagancia y una violación innecesaria de las leyes de la naturaleza, pero... ¿Hasta qué punto no tenía razón en sus afirmaciones de que toda persona tenía legítimo derecho a perpetuarse, recurriendo para ello a todos los medios a su alcance?

Al fin y al cabo, lo que pretendía Coloma ¿no era en el fondo cierto tipo de inmortalidad? ¿Recurriría su hijo -es decir, él mismo- a una práctica similar cuando alcanzara la madurez? ¿Cuántos Luises Coloma se perpetuarían en el tiempo llamando la atención de la gente por ser *el vivo retrato de su padre*?

En realidad no le importaba, y le tranquilizaba saber que tanto la compañía como Coloma estarían vivamente interesados en mantener el más absoluto de los secretos. Pero a pesar de todo, suspiró, no podía evitar sentir envidia, sobre todo cuando se acordaba de sus propios hijos.

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Una de las facetas más comunes de la estupidez humana es sin duda alguna la petulancia de aquéllos que opinan sobre cualquier tema no sólo sin conocerlo, sino además -y esto es con diferencia lo más grave- ignorando olímpicamente la opinión de quienes sí entienden de ello.

Aunque esta estupidez enciclopédica se extiende principalmente por todo el ámbito de la ciencia y la tecnología, existen también algunos campos concretos en los que una circunstancia determinada, normalmente un repentino interés por parte del gran público, hace que el porcentaje de tonterías dichas al respecto aumente espectacularmente sobre su nivel medio. ¡Qué se le va a hacer! Mientras existan cretinos empeñados en pavonearse con unos ropajes que no les pertenecen, el problema seguirá existiendo y asimismo se continuará ensanchando el foso existente entre los científicos, alarmados con razón ante tamañas tonterías, y todas aquellas personas que, contaminadas por estos falsos divulgadores, ven a la ciencia como algo no sólo inalcanzable y remoto, sino también ensimismado y absorto en su torre de marfil.

Uno de los casos más llamativos que conozco de este problema, seguramente a causa de su mal digerida publicidad, es el de los clones, sobre los cuales tantas han sido las tonterías que se han dicho que resulta realmente difícil separar el grano de la paja. Claro está que los clones habían sido objeto de especulación desde mucho antes de que se hicieran públicos los experimentos realizados con diversos mamíferos tales como vacas u ovejas, y antes también por supuesto de que se desatara cualquier tipo de debate sobre la ética y la legalidad de estos experimentos en seres humanos... Porque también aquí, al igual que en tantos otros casos, los escritores de literatura fantástica o de ciencia ficción tomaron la delantera.

Porque, ¿qué no sino clones eran los individuos de la casta inferior de *Un mundo feliz*? Ciertamente que a Huxley no le importaban en absoluto ni las consecuencias políticas ni las sociales de su novela limitándose a describir una sociedad utópica en la que existían diversas castas perfectamente diferenciadas, la última de las cuales -la clonada- apenas si alcanzaba el umbral de la humanidad.

Mucho menos geniales, y desde luego infinitamente más estúpidas, fueron las propuestas de otros escritores que, carentes de la menor formación científica e interesados tan sólo en el aspecto anecdótico del tema, pergeñaron auténticas aberraciones literarias cuyo destino más piadoso era el olvido, mientras alguna película ha habido, basada asimismo en una novela, que explotaba tan sólo las posibles consecuencias políticas de la aparición de un cierto número de clones de Hitler.

El problema, vuelvo a insistir en ello, estriba en el hecho de que cuando los clones abandonaron el mundo cerrado de la ciencia ficción para ser conocidos por todo el mundo, la cosa no hizo sino empeorar. Libros sensacionalistas aparte, que también los hubo, muchos de los que pretendieron hablar en serio sobre este tema incurrieron en errores todavía más graves, el principal de los cuales fue olvidar algo tan evidente como que los clones han existido siempre.

Fijémonos por ejemplo en el caso de la partenogénesis, una reproducción asexual mediante la cual un animal de género femenino tiene hijas (siempre son necesariamente hembras) sin participación alguna del macho, lo que determina que sus descendientes sean genéticamente idénticas a ella. Recordemos asimismo una práctica hortofrutícola tan común como es la reproducción de una planta por esquejes, o en la consabida práctica de ciencias naturales consistente en partir una lombriz en varios pedazos y ver cómo cada uno de ellos se convierte en una lombriz entera. ¿Acaso no estamos hablando en todos estos casos de auténticos clones?

Claro está que siempre se puede objetar que no es lo mismo estudiar plantas o animales inferiores, sean insectos o lombrices, que hacerlo con aquéllos equiparables en complejidad biológica a la especie humana. Evidentemente las vacas no se reproducen jamás sin el concurso de un semental, y desde luego si troceamos un cordero lo único que obtendremos será la posibilidad de disponer de un apetitoso asado...

Pero ocurre que también existen clones naturales de todos los animales superiores, incluyendo también a la especie humana; me estoy refiriendo a algo tan común como son los gemelos. Gemelos univitelinos, se entiende, es decir, aquéllos procedentes de un único óvulo fecundado por un único espermatozoide y cuyo embrión se ha escindido en dos por causas accidentales. En estos casos el patrimonio genético de los dos hermanos es idéntico para ambos, aunque lógicamente éste difiere del de los progenitores a diferencia de lo que ocurre en la partenogénesis o en la reproducción por esquejes.

Así pues, si en lugar de decirse tantas bobadas especulando sobre las hipotéticas similitudes entre dos clones, o entre un individuo adulto y su clon, estos divulgadores de vía estrecha se limitaran a fijarse en estos casos reales, las cosas podrían ir mucho mejor evitándose muchas tonterías, amén de que los gemelos han sido objeto de estudio por parte de la comunidad científica desde hace ya mucho tiempo.

Obviamente, a pesar de las similitudes existentes entre ambos casos -los gemelos y los clones- éstos presentan entre sí unas diferencias importantes que no pueden ser ignoradas. En primer lugar los gemelos siempre son de la misma edad y su gestación ha tenido lugar de forma simultánea en el vientre de su madre, mientras en el caso de los clones habría una gran diferencia de edad (asumiendo que su material genético procediera de un donante adulto) y las dos gestaciones habrían sido asimismo distintas, lo que implicaría unas diferencias apreciables incluso desde el mismo momento del nacimiento.

Por otro lado está también el tema de la influencia del entorno en el desarrollo de una persona o, si se prefiere, la eterna dialéctica sobre la herencia y el ambiente. Que ambos condicionantes existen resulta tan evidente que no necesita siquiera ser recordado, pero el peso relativo del entorno en relación con los caracteres heredados es algo que siempre ha sido objeto de polémica. La pregunta, pues, es inmediata: ¿Un clon desarrollaría unas pautas de comportamiento, una personalidad en suma, similares -aunque no necesariamente idénticas- a las de su progenitor genético, o por el contrario la influencia del ambiente -forzosamente distinto- determinarían que acabara siendo, pese a la identidad genética, un individuo diferente?

También en esta ocasión el estudio de los gemelos puede resultar de gran ayuda ya que existen casos, generalmente a causa de una orfandad y la consiguiente adopción, en los que estos hermanos son separados incluso inmediatamente después de nacer y educados en entornos completamente distintos sin que exista el menor contacto entre ellos con anterioridad a la edad adulta. En estos casos tan singulares se constata una fuerte similitud entre ellos muy superior a la existente entre dos hermanos normales sujetos a las mismas circunstancias, lo que avala el gran peso de los factores genéticos en el desarrollo de cualquier persona, pero no se encuentra una identidad similar que no se llega a dar ni tan siquiera en los gemelos que han crecido juntos. Recurriendo a las palabras de un científico que describía este fenómeno, se puede afirmar que dos hermanos gemelos son el equivalente a dos versiones distintas de una misma sinfonía ejecutada por una misma orquesta -en el caso de dos gemelos educados conjuntamente- o por dos orquestas distintas si recurrimos al ejemplo de los dos hermanos criados por separado. De cualquier modo, siempre se trata de dos personas distintas y perfectamente diferenciadas por más que sus afinidades sean muy superiores a sus discrepancias, y no de unos simples calcos intercambiables entre sí.

La discusión sobre la influencia de la genética y la educación en la personalidad queda de esta manera nítidamente perfilada: La herencia aporta el esquema básico, el armazón si se prefiere, sobre el que se va a desarrollar la vida de una persona, pero el ambiente en el que ésta se vea envuelta será el encargado de moldearla. Veamos un ejemplo sencillo: Aunque son los genes los que determinan específicamente la estatura media de una determinada raza, una alimentación insuficiente durante la infancia impedirá que un individuo determinado consiga alcanzar esa estatura media al final de su período de crecimiento. Dicho con otras palabras, un niño watusi desnutrido crecerá menos de lo previsto para su pueblo, mientras un pigmeo sobrealimentado no rebasará jamás la corta talla permitida por sus genes. Ésta es la razón, asimismo, que explica el espectacular aumento de estatura de las últimas generaciones de españoles que, por primera vez en la historia de nuestro país, han gozado durante la infancia de una nutrición suficiente para poder desarrollar al máximo su potencial genético.

Estos mismos criterios son aplicables a las aptitudes mentales de cualquier persona, desde los rasgos de carácter a la misma inteligencia; un individuo de inteligencia mediocre

jamás podrá dar más de sí de lo que determinan sus genes por muy exquisita que haya podido ser su formación, y la historia de las casas reales europeas está repleta de ejemplos que confirman esta aseveración. Por otro lado, la persona potencialmente más capaz se podrá malograr, como desgraciadamente ha ocurrido en infinidad de ocasiones, si se ve privada de una educación mínima.

Y en cuanto al carácter... ¿Cuántas veces nos hemos encontrado con delincuentes que no son sino ciudadanos malogrados por culpa de un entorno inadecuado? O a la inversa, ¿cómo explicar que en el seno de una familia respetable surja una oveja descarriada cuando tanto esta persona como el resto de sus hermanos han recibido idéntica educación?

Evidentemente, y por fortuna para todos, la inteligencia -o la carencia de ella- no se hereda si por tal herencia interpretamos que unos padres inteligentes siempre tendrán hijos inteligentes mientras unos padres mediocres tan sólo podrán engendrar hijos mediocres; pero la combinación de genes que recibe cualquier persona en el mismo instante de su concepción, producto de una mezcla al azar de los procedentes de sus dos progenitores, determina su capacidad intelectual igual que lo hace con el color de los ojos, la estatura o las huellas dactilares.

En resumen: El patrimonio genético, entendiendo como tal el conservado en nuestros propios cromosomas y no como la herencia que podríamos esperar de nuestros padres (el hijo de un genio difícilmente suele ser otro genio), es el esqueleto sobre el que posteriormente nuestras experiencias personales (nuestra educación, en suma) moldean la personalidad en un complejo proceso que dura la totalidad de la vida, aunque los primeros años resultan ser siempre los fundamentales. Esto, y no otra cosa, es lo que demuestran todos los estudios realizados con gemelos, y esto y sólo esto es lo que cabría esperar de los clones con respecto a sus progenitores genéticos.

Por tal motivo conviene desmontar de una vez por todas los falsos tópicos que se han levantado respecto a los clones. ¿Recuerdan la película, basada en una novela del mismo nombre, que lleva por título *Los niños del Brasil*? En ella el escurridizo doctor Mengele, tras obtener material genético procedente del cadáver de Hitler, creaba varios clones del dictador con la esperanza de resucitar su siniestra figura. Evidentemente con la identidad genética no bastaba; era necesario reproducir lo más fielmente posible el entorno familiar en el que el joven Adolf Hitler había crecido, haciéndolo además de forma redundante con objeto de poder incrementar las posibilidades de éxito.

Como cabe suponer el experimento resulta ser un fracaso no desde el punto de vista biológico (los clones nacen y crecen hasta llegar a la adolescencia) sino porque estos niños, crecidos en un mundo completamente distinto a aquél en el que vivió el verdadero Hitler (intentar reproducir su ambiente familiar no era, evidentemente, suficiente), lejos de desarrollar sus instintos sanguinarios que probablemente poseían de forma latente, acaban convirtiéndose en personas razonablemente normales.

La moraleja es clara y responde además a la más pura lógica: Si Hitler llegó a ser lo que fue, se debió a la conjunción excepcional de su predisposición genética a la violencia y el poder con unas circunstancias muy determinadas que condicionaron su vida conduciéndola por un camino determinado (el que relata la historia) en lugar de hacerlo por cualquier otro de los muchos que se abrían ante él. El fallo o la modificación de tan sólo uno de todos estos factores, desde los puramente familiares a los de carácter más general (I Guerra Mundial, crisis económica y social de la República de Weimar, auge del comunismo, situación política internacional en el período de entreguerras, avatares personales del propio Hitler...) habría determinado que el Adolf Hitler que arrastró a Alemania a la guerra provocando el mayor conflicto armado de la historia de la humanidad hubiera sido necesariamente diferente... Mejor o peor es algo que nunca se podrá saber, pero sin duda habría sido muy distinto dado que el azar jamás repite sus propias jugadas.

Puestos a elucubrar sobre este tema, podríamos correr el riesgo de internarnos en el resbaladizo campo de los universos paralelos o en el de las ucronías, que viene a ser aproximadamente lo mismo: ¿Qué hubiera ocurrido (y este tema también ha sido abordado hasta la saciedad por infinidad de escritores de ciencia ficción) si alguien, utilizando una hipotética máquina del tiempo, hubiera viajado hasta la infancia de Hitler para asesinarlo en su cuna? ¿Habría cambiado su futuro, es decir, nuestro presente?

La respuesta categórica es no, al menos en lo esencial. Aparte de cuestiones de sentido común tales como que una máquina del tiempo ni existe ni tiene posibilidades de existir, está el tema no menos importante de las paradojas temporales: Cualquier posible modificación del curso del tiempo obligatoriamente habría tenido que ocurrir ya, con lo cual resultaría imposible realizar ninguna nueva alteración sobre la realidad existente.

Prescindiendo de elucubraciones metafísicas se llega asimismo a conclusiones similares sin más que recurrir a razonamientos de lo más obvio. ¿Fue Hitler, el Hitler histórico se entiende, el que provocó la II Guerra Mundial o, por el contrario, fue la II Guerra Mundial (o por hablar con mayor propiedad, las circunstancias que la originaron) la que creó a Hitler, un Hitler que en un entorno distinto no habría pasado de ser un pacífico y anónimo ciudadano? La respuesta correcta ha de ser necesariamente la segunda, al igual que una molécula no puede condicionar el comportamiento de un gas mientras el gas en su conjunto sí condiciona a las moléculas individuales que lo componen.

Dicho con otras palabras: Las complejas circunstancias políticas, económicas y sociales existentes en la Europa de principios del siglo XX, que desembocaron indefectiblemente en la II Guerra Mundial después del trágico prólogo de la I, requerían la existencia de un Hitler independientemente de cual pudiera ser el apellido de la persona elegida por el destino para encabezar la gran locura alemana.

Por esta razón, si Hitler hubiera fallecido en su infancia desapareciendo de esta manera de los planes de la historia, probablemente otro hubiera ocupado su lugar

comportándose de forma similar a como lo hizo éste, ya que resulta fácil suponer que en su época debió de existir una multitud de Hitleres en potencia que, por los caprichos del azar, nunca llegaron a cuajar como tales... Pero independientemente de quien llegara a ser el Führer del III Reich, la II Guerra Mundial habría estallado de igual manera y, con toda probabilidad, habría acabado de forma similar a como lo hizo, puesto que la inercia histórica (llamémosla así) era infinitamente más fuerte que la hipotética capacidad de alteración de la misma por parte de cualquier individuo determinado.

Tomemos un símil físico. Siempre que calentamos un gas éste se expande, aumenta su presión o hace ambas cosas simultáneamente dependiendo de las condiciones particulares en las que se realice el experimento; y si repetimos éste varias veces el comportamiento del gas será idéntico en su conjunto, aunque las moléculas individuales que lo conforman no actuarán necesariamente de la misma manera. Este postulado básico de la mecánica estadística fue magistralmente utilizado por Isaac Asimov en su serie de las Fundaciones como fundamento de la psichistoria, la ciencia social inventada por él que permitía predecir (aunque sería más correcto decir extrapolar) la evolución futura de una sociedad humana, aunque no el comportamiento individual de una persona aislada que sería, por lo demás, totalmente irrelevante dentro del conjunto global.

Aunque en el mundo real estamos muy lejos de aproximarnos siquiera a los planteamientos de la psichistoria, su idea básica es perfectamente válida no para predecir el futuro, sino para interpretar el pasado: De acuerdo con estos criterios ningún personaje histórico, ni siquiera aquéllos más significados como Alejandro Magno, Julio César o Napoleón, habrían modificado realmente la historia desviándola hacia un curso diferente del que habría descrito de no haber intervenido ellos; muy al contrario, todos estos personajes habrían sido seleccionados primero, y moldeados después, por unas circunstancias históricas muy determinadas que, de no haber existido ellos, habrían puesto en su lugar a otros personajes equivalentes que hubieran actuado de forma similar a como lo hicieron ellos. Dicho con otras palabras, ni nadie es insustituible, ni nadie es jamás providencial.

Esta larga digresión conduce, pues, al mismo resultado que ya antes había sido apuntado: Utilizando técnicas de clonación resultaría imposible duplicar una persona (entendiendo como tal a alguien no sólo genética, sino también mental y culturalmente similar), ya que siempre se obtendría una variante diferente de este mismo individuo, es decir, no lo que era sino lo que hubiera podido ser... Y las opciones posibles, aunque no infinitas, son tan elevadas que impedirían en la práctica acercarse más (y con toda probabilidad menos) en las similitudes entre ambos que las existentes entre dos hermanos gemelos criados por separado.

Esta conclusión, que cierra de forma tajante todo intento de polémica sobre la posibilidad de duplicar a una persona, abre no obstante un nuevo campo todavía más interesante. ¿Quién no se ha preguntado alguna vez qué hubiera sido de su vida si ésta

hubiera derivado por otros derroteros distintos a los que lo hizo? ¿A quién no le gustaría volver atrás en el tiempo y enmendar esa decisión equivocada de la que tanto se ha lamentado porque marcó para siempre su vida privándolo de una alternativa mejor?

A mí en concreto siempre me había fascinado esta cuestión, ya que cuando mi vida se acerca al ocaso estimo (y no se trata de falsa modestia, sino de una resignada convicción) que mi potencial humano ha resultado infrautilizado y me lamento de que mucho de lo que hubiera podido hacer jamás llegó a materializarse por culpa de toda una serie de circunstancias adversas que jalonaron mi vida marcándome para siempre. Sí, soy rico, muy rico gracias a mis negocios, y según los baremos seguidos por la mayor parte de la humanidad podría presumir de ser un triunfador; pero en mi fuero interno soy consciente de que no es así, ya que mi alma de artista (mi auténtica vocación) jamás pudo ver satisfechas sus inquietudes, ahogada por la faceta práctica (y despreciable) que se adueñó de mí sin que yo pudiera, o quisiera, evitarlo.

Es por esta razón por la que me dirijo a ti, hijo mío (mucho más hijo que si hubieras contado con una verdadera madre) ya que mi deseo no es otro que el de conseguir que puedas llegar a ser todo lo que yo quise, y no pude, ser. Cuentas con mi mismo patrimonio genético y por lo tanto con mismo potencial; pero partes de cero y tienes toda una vida por delante durante la cual ese potencial podrá cristalizar, para lo cual deberé desviarte del camino por el que me condujeron a mí encauzándote por el que estimo más adecuado, aquél que te permitirá satisfacer tus verdaderas inquietudes. Todo está calculado hasta donde se ha podido prever, y tú gozarás de una educación y de un entorno apropiado para alcanzar nuestros fines... Completamente distintos a los que experimenté yo, puesto que se trata de evitar que tú también te desplomes por el precipicio.

El precio que he de pagar por ello es muy alto, extremadamente alto ya que se trata de mi propia vida; la menor interferencia mía resultaría perjudicial para tu destino, por lo cual me veo obligado a desaparecer de tu entorno... Y lo hago satisfecho, puesto que tú eres el yo que nunca pude ser pero me hubiera gustado alcanzar. Al fin y al cabo, si todos los padres desean lo mejor para sus hijos ¿no lo voy a hacer yo todavía con más razón?

Cuando leas esta carta serás ya mayor de edad (concretamente te la entregarán el día que cumplas los dieciocho años) y bien... Supongo que entonces serás ya una espléndida realidad mientras de mí tan sólo quedarán unos polvorientos huesos. Legalmente tú serás mi hijo y mi heredero, y ni tan siquiera tu madre (biológica, pero no genética) conocerá tu verdadera naturaleza, ya que para ella tú habrás sido engendrado por técnicas de fecundación *in vitro* y no como ha sido en realidad, por clonación.

Créeme que es mejor así. Ella será una excelente madre para ti, precisamente por esta razón la elegí; pero si llegara a conocer tu secreto, es muy posible que desbaratara mi proyecto aunque fuera de forma involuntaria. Así pues, será mejor que la sigas dejando al margen tal como yo lo he hecho. En cuanto a tu educación, de ella se habrán encargado

mis albaceas; ellos sí están al corriente de la situación y son de mi entera confianza, razón por la que quedas en buenas manos pudiendo confiar en su buen criterio.

Tan sólo me queda despedirme de ti; acabas de nacer y los médicos han comprobado que tu salud es perfecta, razón por la que ya estorbo. Dentro de unos pocos días un accidente de automóvil acabará con mi vida de forma que puedas iniciar la tuya libre por completo de las trabas que condicionaron la mía. He tenido que luchar con la tentación de evitar el suicidio fingiendo mi muerte y refugiándome en una falsa identidad; con mis medios, es decir, con mi dinero, no me habría resultado difícil hacerlo, siguiendo discretamente tu evolución sin que jamás llegaras a sospechar siquiera mi existencia... Pero no, eso no resultaría. En primer lugar correría el riesgo de intervenir cada vez que sospechara la existencia de algún tipo de desviación sobre el proyecto previsto, y además... ¿Qué ocurriría cuando tú llegaras a la edad adulta? ¿Cómo encajarías convivir con alguien cuya sola presencia te recordara tu futura ancianidad? Probablemente no lo soportarías, y yo no tengo el menor derecho a hacerte sufrir.

Así pues moriré de verdad, con la esperanza de saber que te dejo detrás. No me compadezcas; en estos momentos en los que mi vida se acaba soy feliz, extremadamente feliz, puesto que al final he conseguido alcanzar mis objetivos... Porque tú eres mi segunda oportunidad, aquella que te permitirá alcanzar todo de lo que yo me vi privado.

Adiós, hijo mío... ¿O he de decir mi otro yo?

SER O NO SER

Dicen que los humanos somos fruto de la herencia y el ambiente y, aunque es universalmente aceptado que son estos dos factores los que determinan de forma conjunta la identidad de cada individuo, jamás se ha conseguido determinar cuál es la proporción exacta en la que interviene cada uno de ellos. No descubro nada nuevo al afirmar que en este último punto las discusiones han resultado continuas, desde siglos atrás, entre los defensores de la teoría de que son los genes los que modulan básicamente nuestra conducta, y quienes postulan, por el contrario, que es el ambiente – es decir, la educación y la sociedad- el que condiciona nuestros actos... Posturas ambas, dicho sea de paso, difícilmente conciliables entre sí.

Claro está que siempre han existido los sujetos ideales, al menos en teoría, para poder calibrar por separado ambas influencias: Me estoy refiriendo, evidentemente, a los hermanos gemelos que, al compartir un patrimonio genético común, tan sólo se diferenciarían, en caso de haber sido criados y educados por separado, en todo cuanto dependiera exclusivamente del ambiente en que hubieran crecido. Por desgracia estos estudios tampoco resultaron determinantes ya que los distintos investigadores acabaron alcanzando conclusiones dispares, lo cual contribuyó todavía más a incrementar la confusión.

Por si fuera poco, estalló entonces una fuerte polémica sobre la clonación aplicada, claro está, a la reproducción humana. A nadie le debería preocupar mayormente que se pudieran reproducir a gran escala, pongo por caso, ovejas o cerdos genéticamente iguales... Pero si se podía hacer con una vaca, no resultaría más difícil aplicarlo a una persona.

En un principio existió una limitación práctica que, ya por sí misma, aconsejaba no cruzar el rubicón: los primeros animales clonados –recordemos la artritis de la oveja *Dolly*- padecieron diferentes enfermedades degenerativas fruto, al parecer, de un deficiente acoplamiento entre los cromosomas del donante y el óvulo enucleado al que fueron transferidos, lo cual hacía de todo punto desaconsejable la utilización de estas todavía toscas técnicas en nuestra propia especie; pero sólo era cuestión de tiempo conseguir perfeccionarlas lo suficiente para minimizar tan indeseables efectos. Y entonces...

Como todo el mundo sabe, la práctica totalidad de los gobiernos optaron por prohibir cualquier tipo de experimentos de esta naturaleza en humanos, aplicando la prohibición no sólo a la éticamente cuestionable clonación reproductiva sino también, en un discutible exceso de celo producto de la obtusa pacatería de los legisladores, a la deseable clonación terapéutica... Pero ésta es ya otra historia.

Lo cierto es que la clonación humana fue declarada ilegal a todos los efectos... Sin que, como cabe suponer, esto supusiera un freno para este tipo de experimentos. Si desde que el hombre es hombre la violación de las leyes ha sido una constante en cualquier tiempo y en cualquier lugar, ¿por qué razón iba a resultar diferente ahora? Ciertamente es que la necesidad de una sofisticada tecnología para poder llevarla a cabo limitaba grandemente cualquier intento de clonación ilegal, pero en modo alguno lo impidió... Tan sólo era cuestión de tiempo que tales experimentos fueron llevados a cabo de forma clandestina, pero no por ello menos real.

Soy plenamente consciente de que muchos de ustedes no se creerán la afirmación, máxime cuando carezco de pruebas fehacientes para demostrarlo, de que hubo clonaciones humanas... Lo comprendo. En realidad fueron muchas las que se saldaron en fracasos, produciendo a unos pobres infelices lastrados por diversas taras genéticas, físicas o mentales, que fueron implacablemente eliminados sin que su condición de seres humanos sirviera para infundir el menor atisbo de piedad a sus insensibles creadores; pero en algunas ocasiones estos aprendices de brujo lograron culminar su tarea con éxito trayendo al mundo niños sanos que crecieron convirtiéndose en adultos.

Sin embargo, no fue ésta la perfidia mayor de tan maquiavélico plan. A los promotores del proyecto no les movía un simple interés científico, malsano quizá en su desprecio a la vida pero carente de cualquier tipo de motivaciones que no fueran las de incrementar sus conocimientos; en realidad, lo que pretendían era *resucitar* –por decirlo de alguna manera- a algún personaje histórico cuyo ADN hubieran logrado conseguir a saber por qué inconfesables métodos. Evidentemente tenía que tratarse de alguien singular que se hubiera significado en su época, con objeto de poder comprobar el éxito de la reconstrucción no de un cuerpo gemelo al suyo, sino de su personalidad y, en definitiva, de su figura. Dicho en pocas palabras, querían recuperar el pasado con todas sus consecuencias.

¿Adivinan ustedes a quién eligieron? Podrían haber intentado volver a la vida a un científico como Einstein, a un escritor como Dostoievsky, a un artista como Gaudí, a un músico como Tchaikovsky, a un estadista como Gandhi... Pero optaron por Hitler.

Adolf Hitler... Uno de los mayores genocidas de la historia de la humanidad, pero también uno de los escasos protagonistas de la misma que, a lo largo de los siglos, fueron capaces de cambiarla... Sí, ya sé que esta fantasía había quedado plasmada, en multitud de ocasiones, tanto en las páginas de los relatos de anticipación como en los fotogramas de alguna conocida película; pero ahora era distinto, porque se trataba de algo real. La misteriosa sociedad secreta que aglutinaba a los cada vez más escasos supervivientes, junto con sus cada vez más numerosos cachorros, de la locura nazi, llevaba décadas preparando silenciosamente su revancha. No tenían la menor prisa, y al abrigo de la clandestinidad gestaban con sigilo el advenimiento de un nuevo Reich que

esta vez sí estaría predestinado a durar mil años... Porque no contarían con un Führer, sino con una serie indefinida de ellos que convertirían el régimen en eterno.

No, no crean que se trataba de una extravagancia alentada por unos nostálgicos chiflados, sino de una amenaza muy real. Nada tenían que ver los promotores del proyecto con los energúmenos descerebrados que disfrutaban apaleando inmigrantes pobres y constituían la cara *oficial* del nazismo; aunque dañinos, estos salvajes eran incapaces de ir más allá de una alteración más o menos grave del orden público, y en modo alguno podrían sacudir los firmes pilares de la sociedad occidental.

Los verdaderos nazis eran mucho más sutiles y, por ende, infinitamente más peligrosos. Su intención no era otra que la de implantar el nazismo primero en Europa y posteriormente en el resto del mundo, retomando el ambicioso proyecto que había quedado truncado tras la derrota alemana en la II Guerra Mundial. Contaban con sobrados medios para ello, tenían a su favor -aunque ellos no lo sospecharan siquiera- a una opinión pública cada vez menos proclive a ver sus ciudades inundadas por emigrantes extraeuropeos a la par que desencantada de sus gobernantes, y preparaban en secreto su gran baza en forma del advenimiento de un nuevo Hitler que sirviera de catalizador al descontento popular que afloraba por todos los rincones del Viejo Continente.

Claro está que la sola mención de este personaje hubiera causado escalofríos a buena parte de los europeos cuyos abuelos habían sido, en definitiva, las principales víctimas de su locura; pero esto también estaba previsto en el meticuloso plan. Hitler no había sido únicamente el loco criminal que había bañado en sangre a Europa enviando a Alemania a la catástrofe y asesinando a millones de víctimas inocentes; Hitler había sido también el artífice de la recuperación de una Alemania que, humillada en Versalles y postrada en una profunda crisis económica y social, apenas unos años después había logrado recuperar un lugar de privilegio en el concierto mundial a la par que su orgullo. Este mensaje, unido al populista argumento de que Europa debía ser para los europeos, podría calar hondo en un continente a la deriva al que de repente se le ofreciera no el Hitler histórico anatemizado por sus brutalidades, sino un avatar suyo despojado de sus facetas más negras pero poseedor de sus virtudes...

Por supuesto, para lograr estos objetivos no bastaría, ni mucho menos, con conseguir una réplica genética de Hitler... Tal como he comentado ya, buena parte de nuestra personalidad es fruto del entorno en el que hemos vivido, y si incluso dos gemelos idénticos educados por separado acababan desarrollando diferencias entre ellos; ¿qué cabría esperar de un clon del dictador criado en unas condiciones que en nada se parecían a las que tuvo su progenitor genético? Por mucho que su intentaran recrear artificialmente estas circunstancias poco o nada su hubiera conseguido, puesto que el nuevo Hitler tarde o temprano tendría que abandonar su burbuja enfrentándose al mundo real... Un mundo real diametralmente opuesto al de la despreocupada Europa de

la *Belle Époque* en cuyo seno se estaba gestando ya la tragedia que, por partida doble, desgarraría al continente con apenas veinticinco años de intervalo.

Pero no se buscaba eso, sino una especie de Hitler depurado que, evitando todos los errores cometidos por su antecesor y conservando cuanto teóricamente (de acuerdo, claro está, con los particulares criterios de los neonazis) tuvo de bueno el extinto caudillo, pudiera llevar de nuevo al poder a la doctrina nacional-socialista... Sin guerras y sin campos de concentración a ser posible, y también más maquillada conforme a los nuevos tiempos, pero no por ello menos férrea en sus postulados ni menos tesonera en sus objetivos. En resumen, se trataba de implantar un nazismo menos brutal y de aspecto amable, pero no por ello (o quizá a causa de esta razón) infinitamente más peligroso, al estar desprovisto de ese aura de malignidad que los delirantes excesos del III Reich le habían insuflado a modo de marca indeleble.

¿Por casualidad no serán ustedes aficionados a la ciencia ficción? Si fuera así, me resultará mucho más sencillo explicárselo. ¿Recuerdan el argumento de la conocida película *Los niños de Brasil*? En ella el actor Gregory Peck encarna a un doctor Mengele que, tras crear un nutrido número de clones de Hitler, procedía a entregar a los niños a unas familias nazis comprometidas a educarlos de forma que éstos acabaran pareciéndose lo más posible al extinto Führer.

Claro está que en otras obras menos conocidas del género fantástico se abordan también otras posibles facetas de este mismo fenómeno. Así, en una novela se planteaba una interesante ucronía: El protagonista principal, conocedor del futuro nada halagüeño que le aguarda a la humanidad, consigue alterar el curso de la historia evitando que estalle la I Guerra Mundial y, en consecuencia, todas las terribles secuelas que ésta acarreó, incluyendo la llegada al poder del nazismo y, lógicamente, el advenimiento de Hitler al gobierno de Alemania. La ironía del autor estriba en presentar a un Adolf Hitler que, privado de las excepcionales circunstancias históricas que favorecieron su meteórica carrera política, no pasa de ser un insignificante e inofensivo artista de tercera fila cuya única meta es ganarse el sustento diario.

No crean que se trata de un argumento disparatado; de no haber estallado las crueles guerras de Yugoslavia a finales del siglo XX, que muchos analistas coinciden en afirmar que pudieron haberse evitado, Radovan Karadzic, el sanguinario tirano serbo-bosnio, no habría pasado de ser un oscuro psiquiatra aficionado a escribir poesías. Dándole la vuelta al razonamiento, ¿imaginan ustedes cuántos dictadores en potencia no llegaron a cuajar debido, precisamente, a que no se dieron las condiciones adecuadas para ello? Por fortuna jamás lo podremos saber, pero cabe la sospecha de que por cada Calígula, Atila, Gengis Khan, Robespierre, Hitler, Stalin, Mao, Franco, Pol Pot... hubiera habido, a lo largo de la historia de la humanidad, muchos otros que no pasaron de ser, por fortuna, unos oscuros y anónimos ciudadanos que pasaron de puntillas por el mundo sin dejar la menor huella en él.

Conocedores de todo ello, los promotores del *Proyecto Fénix* -éste era el nombre del plan de resurrección de Hitler- procedieron a someter a los involuntarios candidatos a Führer a una severísima educación que los encauzara hacia las metas marcadas; se trataba de moldear la cera virgen para darle la forma deseada, diferente por supuesto a la del Hitler histórico pero acorde con sus deseos... Y aquí fueron implacables, no tolerando la menor desviación de los desdichados muchachos objeto del experimento. Puesto que por razones evidentes de las varias docenas de clones engendrados tan sólo se necesitaría uno, todos los demás estarían forzosamente condenados, aplicándoseles la condena con la misma frialdad que se ejerció en los tristemente famosos campos de concentración nazis.

Poco a poco, cual un jardinero que clarea sus viveros dejando vivir únicamente a los árboles más aptos, los siniestros científicos neonazis fueron haciendo desaparecer uno por uno a todos aquellos cuya única culpa era la de no compartir los impulsos homicidas de su padre genético. Evidentemente ninguno de ellos era consciente de la existencia del resto, desconociendo asimismo la misión histórica para la que habían sido designados y cuya meta tan sólo alcanzaría uno de ellos.

Finalmente, cuando tan sólo quedaban ya dos únicos supervivientes y se acercaba la hora de la elección definitiva, uno de los científicos del *Proyecto Fénix*, arrepentido quizá de su infamia o quizá tan sólo abrumado por la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, antes de suicidarse procedió a revelar a los dos muchachos la amenaza mortal que les atenazaba. Éstos reaccionaron de formas muy distintas pese a ser, en la práctica, hermanos gemelos y haber recibido una educación similar, aunque por separado: Uno de ellos enloqueció repentinamente, demostrando con ello que la paranoia de Adolf Hitler había tenido sus raíces en su herencia genética. En cuento al otro... Bien, el otro era yo.

Al conocer la maldición de mi pasado huí despavorido, intentando escapar de las garras implacables de un destino que no había elegido y me había sido impuesto no por el ciego destino, sino por la soberbia cruel de unos aprendices de brujo que, al igual que el mitológico Ícaro, habían sido abrasados por el fuego purificador al cual imprudentemente se habían acercado.

Es evidente que el universo atesora multitud de arcanos que el hombre no está preparado aún para conocer, e incluso cabe la posibilidad de que no lo llegue a estar nunca; por desgracia, yo soy una víctima inocente que, al igual que los héroes de las tragedias griegas, se va a ver obligada a purgar en vida un castigo que en justicia no se merecía. Debo esconderme de mis creadores, que me buscan afanosamente para asesinar me; pero debo esconderme también de todos aquellos que, temerosos de la repetición de un pasado tenebroso, no dudarían en sacrificar mi vida pese a que yo tan sólo deseo vivir en paz renegando de un pecado que yo no cometí ni deseo en modo alguno cometer.

Pero lo peor, lo más trágico de todo, es que soy plenamente consciente de que albergo en mi seno la semilla del mal y, por mucho que lo intente, jamás lograré liberarme de este estigma que me escarnece. No quiero ser Adolf Hitler, no quiero ser un criminal; pero todo y todos me empujan a ello. Envidio a mi hermano, que en su locura encontró la salvación, y envidio también a mis otros hermanos que fueron liberados piadosamente de tan abrumadora carga. Deseo la muerte, única forma de redimirme de la maldición que me consume, pero sé que jamás seré capaz de poner fin a mi vida por mi propia mano, ni de ofrecirme voluntario al sacrificio, a causa de la educación que para mi desgracia recibí. Tan sólo me queda, pues, esperar a que Dios se apiade de mí. Ojalá sea pronto.

CARNE DE TU CARNE

Francamente, señor Donovan, su propuesta se me antoja un tanto... ¿cómo lo diría yo? Irregular.

-Eso es una cuestión meramente subjetiva. -respondió el aludido con aplomo- En asunto de negocios lo único que importa realmente es la legalidad, los escrúpulos personales son algo respetable, por supuesto, pero que es preferible dejar fuera. Y le puedo asegurar que nuestra oferta es rigurosamente legal, ya nos hemos asesorado de forma conveniente por la cuenta que nos traía.

-Yo diría que más bien se trata de algo alegal... -objetó- La verdad es que no conozco la menor jurisprudencia al respecto, ni a favor ni en contra.

-Tanto me da; todo lo que no es ilegal es, por exclusión, legal.

Su interlocutor suspiró retrepándose en la butaca, al tiempo que sus manos jugueteaban con nerviosismo con la tarjeta que minutos antes le entregara su visitante: John L. Donovan, gerente de *Original Products Inc.*, rezaba en la pequeña cartulina; unos perfectos desconocidos dentro de su ámbito empresarial, que no era precisamente reducido.

El anfitrión era un hombre atildado de mediana edad cuyo nombre, Luis Olmeda, diría muy poco a la mayor parte de los mortales; no ocurría lo mismo con su popular empresa, de la que era fundador y accionista mayoritario, ya que *Cultivos Biológicos S.A.* se había convertido, en sus breves años de existencia, en uno de los referentes a nivel mundial de la pujante industria genética.

-Lo siento, pero sigue sin convencerme. Que sea legal o, mejor dicho, que no sea ilegal, no implica necesariamente que sea legítimo...

-Vuelvo a repetirle lo mismo, los escrúpulos suelen ser malos compañeros de viaje de los negocios. Además las circunstancias cambian, a veces incluso demasiado deprisa, y hay que saber estar preparados para ello ya que la competencia suele ser muy fuerte; no podemos dormirnos en los laureles si queremos triunfar, la mejor garantía para hacerlo es ser siempre los primeros.

-Pero...

-Voy a ponerle un ejemplo -le interrumpió- de mi propio país, la famosa *Ley Seca*, donde se mezclaba la prohibición legal con el rechazo frontal al alcohol, con fines presuntamente morales, por parte de los sectores más puritanos, o más hipócritas, de la sociedad norteamericana. Y ahora le pregunto yo; ¿era más inmoral el *gangster* que

traficaba con alcohol cuando éste estaba prohibido, que el honrado comerciante que lo vendía con todas las bendiciones legales apenas unos meses después de que esta ley quedara derogada?

-No creo que sea un caso comparable al nuestro -objetó molesto el industrial.

-Discúlpeme, nada más lejos de mi intención que compararlo con estos personajes. -replegó velas el astuto viajante- Pero tenemos otro ejemplo más cercano y que afecta directamente a su propia empresa; cuando ésta se constituyó la ingeniería genética era ya algo legal y aceptado socialmente, pero recuerde que tan sólo unos cuantos años atrás la clonación llegó a estar prohibida en la mayor parte de los países, incluso en casos de investigación científica.

-Mi empresa no se dedica a la clonación, -protestó Olmeda con la suspicacia acumulada por un largo historial de innumerables desmentidos- sino al desarrollo industrial de tejidos biológicos de procedencia no humana. Se trata de algo completamente distinto.

Desde el punto de vista técnico tenía razón, aunque estas sutilezas científicas solían pasar desapercibidas al gran público. *Cultivos Biológicos* no desarrollaba clones, entendiendo como tales a especímenes completos, sino tejidos concretos de organismos vivos. En realidad la idea, genial en su simplicidad, se le había ocurrido a su fundador cuando centros de investigación de todo el mundo habían comenzado a crear, partiendo de células madres, tejidos capaces de regenerar órganos dañados, bien por enfermedad, bien por accidente, a pacientes que de otra manera habrían tenido difícil solución a sus males.

El enfoque de Olmeda había sido muy distinto, por más que las técnicas utilizadas por su empresa fueran esencialmente similares: en vez de dirigir sus esfuerzos a la medicina, había preferido probar suerte en el mucho más prosaico campo de la industria alimentaria. Su planteamiento no podía ser más sencillo: ¿Para qué criar una vaca, con todos los esfuerzos y los gastos que llevaba aparejados, incluyendo el sacrificio del animal, su despiece y la manipulación y conservación de las diferentes piezas de carne, cuando resultaba mucho más sencillo y barato cultivar artificialmente cuantos solomillos de primera calidad se quisiera?

Gracias a su intuición la iniciativa tuvo éxito, convirtiéndose a poco en un excelente y saneado negocio. Con gran perspicacia había renunciado a competir en el mercado de gran consumo, centrándose en el sector que pudiérase denominar de lujo: carnes selectas que normalmente quedaban fuera del alcance del gran público a causa de su elevado precio, junto con otras más *exóticas* tales como la caza -jabalí, venado, faisán-, hígado de oca especial para paté de primera calidad, avestruz, bisonte, caimán... y otras muchas, aunque el espaldarazo definitivo lo conseguiría con el éxito obtenido en Japón con la comercialización de *carne* de ballena, un producto al que eran muy aficionados

los consumidores nipones y del cual podían disfrutar ahora a su antojo sin necesidad de poner en peligro la supervivencia de la especie.

Consolidado el mercado cárnico, *Cultivos Biológicos* había hecho incursiones, asimismo fructíferas, tanto en el ámbito de los productos marinos -especialmente populares eran sus angulas *sintéticas*, sin olvidar tampoco sus asequibles langostas- como en el vegetal, donde eran los primeros suministradores mundiales de trufas al tiempo que se movían con soltura en el mercado de los zumos y las pulpas de frutas.

Pero la oferta de la oscura *Original Products...*

-Discúlpeme de nuevo, lo único que quería decir es que los criterios morales son algo tan cambiante como una veleta... o casi.

-Créame que me importan bastante poco los escrúpulos sociales; -resultaba evidente que la conversación comenzaba a incomodarle- pero no ocurre lo mismo con los míos propios.

-Puedo asegurarle que le entiendo; -el visitante era sin duda un magnífico vendedor- pero mi trabajo consiste precisamente en intentar convencerle de lo injustificado de su actitud. Es normal que una propuesta tan... audaz como la mía desconcierte en un principio a cualquiera, pero si lo analiza sin prejuicios verá que realmente no es para tanto, y que no violamos con ella ninguna convención ética.

-Yo no estaría tan seguro de ello. Además, existe el riesgo de que, una vez hecho público, surgiera una reacción de rechazo por parte de la sociedad que acabara provocando una legislación restrictiva; ¿qué haríamos entonces con el capital invertido?

-¡Oh, si es eso lo que le preocupa puede estar tranquilo! -el representante de *Original Products* sonreía ahora de oreja a oreja, satisfecho por tener controlada la situación- Gracias a nuestras prospecciones de mercado sabemos que nuestra clientela potencial, aunque minoritaria, no sólo existe, sino que goza además de un alto poder adquisitivo que está dispuesta a gastar en nuestro nuevo producto. Puesto que no planeamos dirigirnos al gran público no necesitamos hacer la menor inversión publicitaria en ello, lo que nos garantiza de paso una discreción que es nuestra principal aliada; ya lo sabe, ojos que no ven...

-Pero alguien acabaría enterándose; los políticos...

-A los políticos les importa bien poco aquello que no les cause complicaciones ni induzca a la alarma social, en esto son todos iguales sin distinción alguna de ideologías. Además, le asombraría saber los nombres de todos aquéllos que a buen seguro se convertirían en fieles clientes nuestros, por supuesto sin necesidad alguna de que se enteraran sus votantes. Le aseguro que en este tema tenemos el flanco bien cubierto.

-Lo siento, pero sigo sin verlo claro.

-Porque está cegado por los prejuicios; haga el esfuerzo de intentar librarse de ellos. Un amigo mío dice, con toda la razón, que el primero que se comió una langosta debía de tener mucha hambre...

-Pero no estamos hablando precisamente de langostas.

-Para el caso es lo mismo; se trata de un simple producto sintético similar a cualquier otro de los suyos, por supuesto con las mismas características organolépticas que el original pero fabricado en el laboratorio a partir de materias primas completamente inocuas; nada diferente, en suma, de lo que ya hacen ustedes. ¿Dónde está, pues, el problema?

-Hombre...

-Insisto, -le interrumpió de nuevo con una fogosidad hija de su gran experiencia- intente desprenderse, siquiera por un momento, de esos prejuicios obsoletos. ¿Me permite otro ejemplo?

-Adelante -se resignó Olmeda.

-¿Recuerda el famoso caso del avión uruguayo que se estrelló en los Andes?

-¿Aquél en el que...?

-Efectivamente. Ocurrió en la década de los setenta del pasado siglo, pero fue muy sonado. El avión se estrelló en un paraje completamente inhóspito, y los supervivientes se vieron obligados a alimentarse con los cadáveres de sus compañeros muertos. Evidentemente estaba justificado puesto que se encontraba en juego su propia supervivencia, pero además no mataron a nadie limitándose a aprovechar una fuente de proteínas que de otra manera se hubiera desperdiciado. Pues bien, pese a que ninguna objeción ética ni moral podía hacerseles a estas personas, hubo quienes los acusaron de canibalismo, lo cual técnicamente era cierto, pero revistiendo este término de las connotaciones más negativas posibles. En definitiva, fue una injusticia -concluyó.

-¡Un momento! En este caso concreto estoy de acuerdo con usted, puesto que se trataba de una necesidad cuya única alternativa era la muerte por inanición; pero lo que no puede hacer en modo alguno es utilizar este argumento de forma tan frívola como pretende. Comer carne humana por placer es algo reprobable en sí mismo, independientemente de que su procedencia sea un cadáver o, como usted pretende, los tanques de cultivo biológico de mi empresa. ¿Acaso está usted de acuerdo con hábitos tales como el canibalismo ritual de ciertas tribus papúes, que devoraban a sus difuntos, o los de ese chino loco que se comió en directo el cadáver de un niño recién nacido? Me repugna sólo pensarlo.

-Permítame que le diga que ahora es usted quien está confundiendo los términos. Le recuerdo que sus productos no pueden ser vendidos como solomillo de ternera, langosta o caviar, ya que la ley lo prohíbe taxativamente; todos ellos son, desde el punto de vista legal y así figura en sus etiquetas, simples sucedáneos de productos originales cultivados en tanques mediante técnicas de ingeniería genética. Me dirá que son igual de saludables que los originales, si no más, al estar libres de muchos aditivos y sustancias contaminantes, sin hablar ya de los gérmenes patógenos; me dirá también que su sabor es idéntico al de los productos que imitan, y que ni tan siquiera el más refinado gourmet sería capaz de distinguir los unos de los otros; pero son tan sólo unos sucedáneos, y usted se ve obligado a venderlos como tales.

-Claro está. -respondió el industrial perplejo- Yo no pretendo engañar a nadie.

-Y nadie le pide que lo haga; usted no vendería carne humana, sino un simple sucedáneo con sabor a carne humana.

-Para satisfacer el morbo de unos degenerados, supongo...

-Eso no nos incumbe ni a usted ni a mí. Lo cierto es que la demanda existe, y requiere una oferta; y si no se la suministramos nosotros tarde o temprano, probablemente temprano, vendrá alguien más avisado a pisarnos el negocio. ¿Habrá solucionado algo con ello, salvo echar a perder una excelente oportunidad de ganar dinero?

-Quedará a salvo mi conciencia?

-¿Qué conciencia? -se burló Donovan- Nadie le obliga a comerlo si éste es su deseo, y en cuanto a su procedencia nada tiene de reprochable, tanto le da fabricar un solomillo de vaca como... hum, este producto. En todo caso el problema moral sería, y lo dudo mucho, de los compradores, nunca suyo.

-No lo sé, tengo que pensarlo, y además tendría que consultarlo con el consejo de administración de la empresa.

-Hágalo, no tenemos prisa; bueno, -se corrigió- no demasiada. Existen otras empresas -dijo esto en un tono mitad de advertencia, mitad de amenaza- que probablemente no dudarían en asociarse con nosotros, pero personalmente preferiríamos hacerlo con ustedes dada su reconocida solvencia en el mercado. Recuerde que sólo tendrían que fabricar el producto con las especificaciones y en la cantidad que les requiriéramos, nosotros les compraríamos toda la producción y nos encargaríamos de distribuirla entre nuestros clientes. Más fácil, -concluyó sonriente- imposible.

-Está bien. -respondió el industrial sin demasiado convencimiento- Ya les llamaré para comunicarles nuestra decisión.

-Que no dudo será positiva. -remachó el visitante incorporándose de su asiento y alargándole una mano que su anfitrión estrechó con languidez- Y recuerde, amigo, una vieja máxima que creo recordar es de tiempos de los romanos; el dinero no huele.

-Quizá tenga usted razón. -musitó Olmeda más para sí que para su interlocutor, que en esos momentos abandonaba el despacho. O quizá no.

EL ¿FIN? DE LA INFANCIA

-Los señores de López. -anunció la secretaria con el impersonal tono habitual de su profesión, al tiempo que se apartaba con diligencia para dejar paso a los visitantes.

El ocupante del elegante despacho, un hombre de mediana edad y atildado aspecto parapetado tras una lujosa mesa de caoba, fingió abandonar el estudio del informe que reposaba sobre la misma para dar la bienvenida a los recién llegados. En realidad se trataba de un gesto fingido, puesto que conocía de sobra su contenido, pero sabía que este pequeño truco solía infundir confianza a los posibles clientes.

-¡Señor López, señora! -exclamó al tiempo que se levantaba, exhibiendo una amabilidad tan estereotipada como falsa- Sean bienvenidos. Miren qué casualidad, justo en este momento me encontraba estudiando su expediente... -mintió, al tiempo que señalaba teatralmente el documento.

Sus interlocutores, una pareja que frisaba la cuarentena -esta circunstancia no había dejado de sorprenderle la primera vez que consultó sus datos, ya que normalmente solían ser más jóvenes- y aspecto anodino, pero con los bolsillos bien cubiertos -de no ser así no estarían allí-, entraron cohibidos estrechándole maquinalmente las manos antes de sentarse en las sillas que les eran ofrecidas. Aparentemente, eran presa fácil.

-Ustedes dirán. -sonrió su anfitrión- Estamos aquí para ayudarles.

Y tras constatar su patente embarazo, continuó:

-Bueno, claro está que es una forma de hablar, ya que aquí tenemos su solicitud. - enfatizó, golpeando con la uña del dedo índice la carpeta- Pero, ¿me equivoco si aventuro que quizá ustedes pudieran no estar convencidos del todo?

De sobra sabía el viejo zorro que había dado en mitad del blanco. La actividad de su empresa, aunque escrupulosamente legal o, por hablar con mayor propiedad, no explícitamente ilegal, suscitaba el rechazo de amplios sectores sociales, existiendo grupos de presión bastante importantes, con la propia Iglesia Católica a la cabeza, que hacían todo lo posible por promover su prohibición, hasta entonces de manera infructuosa. Pero convenía no menospreciar a un enemigo que, perdida por el momento la batalla legal, recurría sin escrúpulo alguno a la guerra de guerrillas, intentando coaccionar por todos los medios posibles a cualquiera que osara reclamar sus servicios. En consecuencia, la primera labor de los agentes comerciales de la compañía consistía, precisamente, en intentar vencer la reluctancia inicial con la que éstos solían acercarse a sus oficinas.

Pero él era perro viejo, y sabía cómo coger el toro por los cuernos.

-Yo... nosotros... -balbuceó al fin el hombre.

-Queremos tener un hijo. -remató ella tomando las riendas ante la patente indecisión de su marido- Siempre lo hemos querido.

-Por supuesto, por supuesto... -apoyó el vendedor exhibiendo su mejor sonrisa de gavián- esto es justo lo que llevamos apoyando desde el mismo momento de la creación de nuestra empresa; facilitar a parejas como ustedes poder disfrutar de la bendición de los hijos. En verdad, no comprendo cómo puede haber quienes nos recriminen nuestro apoyo a tan noble causa. -concluyó hipócritamente.

-A nosotros siempre nos han gustado mucho los niños. -como casi siempre, era la mujer la que llevaba la voz cantante- Pero, ¿sabe? luego, cuando crecen, se vuelven tan repulsivos... nunca he soportado a los adolescentes insolentes y maleducados. Por esta razón, nunca nos atrevimos a tener hijos.

-Lo comprendo, lo comprendo. -¿cómo no lo iba a comprender, si era precisamente en ello donde estribaba su negocio?- Realmente, es una verdadera lástima que criaturas tan angelicales se transformen, en el plazo de unos pocos años, en unos desagradables jovencuelos. Por fortuna, -retrucó- para eso estamos nosotros.

-Pero hay muchos que no opinan así. -alcanzó a objetar el marido antes de sentir el codazo de su esposa- Se dicen cosas muy feas de ustedes.

-¡Oh, por eso no tienen que preocuparse! -ni él tampoco, por supuesto, ya que la conversación estaba discurriendo por los cauces marcados en su manual de técnicas de persuasión- Como afirma el dicho, ladran, luego cabalgamos. -concluyó con acento jovial al tiempo que dirigía su mejor sonrisa a la mujer, que había palidecido ostensiblemente ante el temor a una presunta metedura de pata de su imprudente compañero.

-Sí, pero...

-No es necesario que se justifiquen, conozco de sobra los reparos que pueden albergar no por sus convicciones, de ser así no estarían ustedes aquí, sino por el qué dirán. Huelga decir que nuestro código deontológico nos impide firmar un contrato con alguien que no esté plenamente convencido, por lo que preferimos perder un cliente antes que tenerlo descontento. Por esta razón es por la que estoy hablando ahora con ustedes; es mi deseo, por el bien de todos, que acepten nuestros servicios, pero siempre y cuando lo deseen realmente y estén dispuestos a afrontar las posibles... digamos presiones de los retrógrados que por desgracia nos rodean.

Pese a la falsa sinceridad de la oferta, lo cierto era que el envite acostumbraba a rendir buenos resultados la mayor parte de las veces, ya que los clientes solían tomarlo erróneamente como una muestra de sinceridad.

-Tiene usted razón, no tenemos por qué vernos coaccionados por lo que opine cualquier cretino; -el marido iba recuperando poco a poco la confianza en sí mismo, e intentaba dar una imagen de seguridad que probablemente distaba mucho de sentir- al fin y al cabo, es una cuestión que nos atañe sólo a nosotros dos... bueno, y a nuestro hijo, claro.

-No debemos dejarnos avasallar por el oscurantismo, de haber sido así la humanidad todavía estaría refugiada en las cavernas.

Era una frase hecha, por supuesto, que acostumbraban a repetir en todos los casos ya que solía ser bastante efectiva.

-Ahí está el caso de Darwin y la Teoría de la Evolución... -halagado en su vanidad, el cliente intentaba presumir de sus conocimientos adquiridos en la lectura de los suplementos dominicales de los periódicos.

-Pues por increíble que parezca, a estas alturas todavía hay quienes se oponen a que se estudie el evolucionismo en los colegios. -o mucho se equivocaba su instinto vendedor, o ya estaban casi en el bote- Y no es un caso único, por desgracia. Durante siglos el progreso de la medicina estuvo estancado a causa de la prohibición de diseccionar cadáveres, y científicos de la talla de Copérnico, Galileo o Giordano Bruno sufrieron el reaccionarismo de sus contemporáneos. Y para qué hablar de nuestro país; mientras nuestros vecinos sentaban las bases de la ciencia moderna, aquí florecía la teología como principal disciplina universitaria. Así nos fue...

-Y ahora siguen igual. -insistió, satisfecho, su interlocutor.

-¿Cómo no? Por fortuna no llegamos a los extremos de otras culturas empeñadas en volver a la Edad Media y a la vida nómada, pero el talante es el mismo en todos los casos. Miren si no, por poner un ejemplo reciente, su oposición frontal a todo lo que huelva a reproducción asistida o fecundación *in vitro*, por no hablar ya de cualquier cosa que esté relacionada con la investigación genética, por mucho que sus fines no sean otros que los de erradicar enfermedades y mejorar a la especie humana. ¿Cómo podría oponerse Dios a algo tan maravilloso como crear y salvar vidas? -realmente era un excelente actor.

-Creo que en eso estamos de acuerdo, así pues ¿por qué no vamos al grano? -le interrumpió la mujer, harta ya de la cháchara entre los dos varones y mucho más pragmática que su locuaz consorte.

-Como usted quiera. -concedió el anfitrión, llevando a la práctica la conocida máxima de que el cliente siempre tiene razón- Eso sí, antes de seguir adelante, he de preguntarles si conocen suficientemente nuestra actividad, y si están dispuestos a aceptarla; se trata de una simple pregunta retórica, pero nuestro protocolo de actuación nos obliga a hacerla.

-Por supuesto. -respondió de nuevo ella- Ustedes son capaces de retrasar la pubertad de los niños, haciendo que su infancia se prolongue durante más tiempo del biológicamente normal.

-No es sólo eso, también podemos regular su crecimiento de forma controlada conforme a los deseos concretos de cada cliente, de forma que éstos puedan disfrutar de la etapa preferida de la vida de sus hijos durante todo el tiempo que quieran. Aunque no somos la única compañía presente en el mercado, sí les puedo asegurar que nuestros niveles de calidad no tienen comparación con los de ninguno de nuestros rivales, ya que somos los únicos que disponemos de un departamento propio de síntesis y desarrollo hormonal. Nuestros competidores, por el contrario, se limitan a comprar los combinados hormonales a terceras compañías ajenas, habitualmente orientales; sus tarifas son bastante inferiores a las nuestras, eso es cierto, pero los resultados no son en modo alguno comparables. Y estamos hablando de algo tan importante como es la salud de sus hijos.

-Esto está claro, por eso hemos recurrido a ustedes. Pero dígame, ¿existe algún riesgo?

-Hay que tener en cuenta que la biología no es una ciencia exacta en el sentido que lo puedan ser las matemáticas, pero... -a diferencia de otros compañeros suyos, a él le encantaba adoctrinar a sus clientes- les puedo asegurar que nuestro umbral de fracasos es sensiblemente inferior al existente en las poblaciones de control no sometidas a tratamiento hormonal. Esto se debe a que nuestras hormonas son de calidad extrema, y carecen de los efectos secundarios producidos por las disfunciones endocrinas naturales. Además, sólo iniciamos tratamientos con gestantes, nunca con niños recién nacidos ni, mucho menos, con pacientes de más edad; esto último es una auténtica barbaridad, pese a que nos consta que hay quien lo hace. Para nosotros es fundamental poder controlar el metabolismo de nuestros pacientes antes de que sus propias glándulas endocrinas comiencen a ser funcionales, ya que ésta es la única manera de evitar interferencias indeseables.

-Supongo que el proceso será reversible... -apuntó el futuro padre con timidez.

-Eso depende de lo que entendamos por reversible. Como cabe suponer no es posible dar marcha atrás, pero igual que regulamos el equilibrio hormonal retrasando la pubertad, y aun las diferentes etapas prepúberes de la vida del niño, podemos igualmente acelerarlo para conseguir el efecto contrario. La ley nos impide aplicar esto

último a niños con un proceso de crecimiento natural al estar prohibido fomentar artificialmente la precocidad, pero nada hay en contra de recuperar el, digamos, tiempo perdido. De hecho siempre estamos obligados a hacerlo tarde o temprano, porque toda persona de metabolismo controlado tiene derecho legal a alcanzar el estado de adulto, tanto biológico como civil. Lo único que cambia en cada caso son los plazos, que dependen de la voluntad de los padres o tutores. En cualquier caso, a la desaparición de los padres legales, biológicos o adoptivos, es preceptivo acelerar el metabolismo de estas personas con objeto de que puedan alcanzar la mayoría legal en el plazo de tiempo más breve posible, salvo claro está por causas de fuerza mayor.

-¿Quiere decir que, pongamos por ejemplo, si retrasáramos la madurez de nuestro hijo durante diez años y luego decidiéramos recuperarlos, ¿tardaríamos otro tanto?

-Esta pregunta requiere una respuesta compleja. Mientras que ralentizar la maduración corporal no plantea ninguna dificultad técnica, y puede ser mantenida por tiempo indefinido, con la aceleración de la misma hay que proceder con mayor cautela, ya que existe el riesgo de provocar daños irreversibles en el organismo si el proceso se realiza con demasiada rapidez. Como norma general solemos aplicar la regla del dos por uno, es decir, dos años de crecimiento biológico por cada uno cronológico, pero se trata tan sólo de un límite genérico, dependiendo de las circunstancias, tanto biológicas como legales, procuramos optimizar este crecimiento. Por supuesto que antes de iniciar el tratamiento al nonato diseñamos una curva de crecimiento ideal que tiene en cuenta tanto los deseos de los progenitores como las circunstancias particulares de cada caso concreto; no es lo mismo que los padres sean menores de treinta años que mayores de cuarenta -al decir esto ambos visitantes fruncieron el ceño-, ya que lo que se intenta evitar, siempre que sea posible y salvo imponderables, es que estos niños pudieran quedar huérfanos o desamparados en caso de fallecimiento de los padres por muerte natural, aparte de que no es lógico, pongo por caso, que unos octogenarios estuvieran al cargo de la crianza de unos bebés perpetuos. Todo tiene un límite, y mi compañía, lejos de limitarse a aplicar las restricciones legales tal como hacen las otras, se autoimpone además sus propias normas, bastante más estrictas. Tengan en cuenta que tenemos que planificar a muy largo plazo, y que una actuación errónea por parte nuestra podría acarrear serios perjuicios a una o varias personas, algo que intentamos evitar por todos los medios.

-Pero nosotros no queremos que nuestro hijo crezca... -objetó ella- por eso hemos venido aquí.

-Señora, la publicidad de nuestra compañía no puede ser más explícita al respecto. -ahora venía la etapa más delicada de todo el proceso- Nosotros no prometemos una infancia eterna, sino una infancia prorrogada para que nuestros clientes puedan disfrutar de sus hijos durante el mayor tiempo posible.

-¡No quiero tener que soportar adolescentes! -casi gritó.

-Por desgracia eso no resulta posible, tanto desde el punto de vista médico como desde el legal. Nosotros podemos retardar o acelerar dentro de ciertos límites el proceso de crecimiento de un niño, pero no suprimir ninguna de sus etapas. Lo que sí hacemos, y esto suele ser suficiente para la gran mayoría de nuestros clientes, es acortar al máximo la duración de los períodos potencialmente conflictivos o poco deseables, como es el caso de la adolescencia, que en condiciones normales dejamos reducida a aproximadamente la mitad. Además, puesto que los muchachos están sometidos en todo momento a un estricto control hormonal, logramos reducir al mínimo los efectos perniciosos sobre su comportamiento que tienen un origen endocrino. Queda fuera de nuestro control, claro está, cualquier tipo de influencia que venga provocada por factores sociales, pero eso es algo que entra dentro de las responsabilidades paternas. En cualquier caso, le puedo asegurar que nuestros adolescentes suelen ser mucho más dóciles y tranquilos que sus homólogos no tratados, y además conviene no perder de vista el hecho de que alcanzan la madurez justo en la mitad de tiempo.

-Visto así... -concedieron ambos.

-Bien. -zanjó el representante con la satisfacción de saberse triunfador- Ahora, el siguiente paso es la firma del precontrato. -añadió al tiempo que les alargaba un documento- No se preocupen, esto no les compromete a nada que no sea la autorización para que nuestra empresa pueda realizar un estudio personalizado de su caso, y es independiente de que luego ustedes decidan continuar adelante o no. Para ello es necesario disponer de una serie de datos suyos de índole confidencial, amén de los imprescindibles análisis médicos y genéticos. Si aceptan, eso sí, es preceptivo aceptar el pago de este estudio. En caso de que finalmente rehusaran nuestros servicios, el informe sería destruido ante notario de forma que ninguna de las dos partes pudiera beneficiarse a expensas de la otra, y no les sería reintegrado el importe del mismo. Si el informe fuera desfavorable y desaconsejara el tratamiento, sería asimismo destruido, pero se les devolvería el dinero. Y si todo saliera bien, como espero, podríamos firmar entonces el contrato y comenzaríamos el tratamiento a la mayor brevedad posible. Eso sí, precisamos que en el momento en que se inicie éste la señora no esté todavía embarazada, con objeto de poder controlarlo todo desde el principio. Aunque todo esto que les he explicado viene reflejado al dorso del documento, tienen a su disposición nuestro servicio de asesoría jurídica, que muy gustosamente atenderá todas sus consultas.

Todo estaba aparentemente resuelto para satisfacción de ambas partes. La misión del agente había terminado, y tanto si los clientes decidían seguir adelante como si no, serían otros compañeros suyos quienes se hicieran cargo de ello. Y estaba satisfecho puesto que había cumplido con su trabajo.

Tan sólo restaba ya la formalidad de la despedida, e iba a proceder a ella cuando el marido le hizo una pregunta fuera de contexto que no esperaba. Se trataba de algo inocente inducido por la simple curiosidad, pero no pudo evitar estremecerse como si hubiera sufrido un latigazo antes de que su bien entrenado autodomínio le permitiera recuperar el control de la situación.

-Disculpe, señor, aprovechando la ocasión me gustaría comentarle algo que me tiene intrigado desde hace tiempo.

-Usted dirá.

-Siempre me he preguntado por qué razón, al igual que se retrasa el crecimiento de los niños, no se podía hacer lo propio para evitar que los adultos envejecieran.

-Bueno... -titubeó antes de encontrar la respuesta adecuada- Es que no se puede. Primero, porque la ley lo prohíbe de forma taxativa; imagínese usted el caos social que se desataría si de repente la gente dejara de morir. -sonrió azorado.

-Pero quien hizo la ley hizo la trampa... -rió su interlocutor.

-Aun pretendiéndolo serviría de poco, ya que las técnicas que empleamos nosotros son válidas para el mecanismo hormonal que controla el crecimiento, pero no tienen el menor efecto sobre los fenómenos de envejecimiento celular ya que éstos funcionan de una manera completamente distinta.

-Cuestión de investigar, digo yo... -insistió.

-No se puede. -por mucho que intentaba evitarlo, se sentía cada vez más tenso y nervioso- El envejecimiento celular no está regulado por hormonas, ya que tiene lugar a nivel cromosómico. Es diferente, y mucho más complejo. Me temo que tanto usted como yo sí llegaremos a viejos.

-¡Qué se le va a hacer! -el señor López podría tener todo el dinero que quisiera, y sin duda debía de tener mucho, pero no por ello había logrado desembarazarse de sus modales de patán- Y yo que me había hecho ilusiones... Bueno, Patro, vámonos ya, que estamos entreteniéndolo a este señor.

Su media naranja, mucho más preocupada que él por las relaciones sociales, le fulminó con la mirada. Pero se fueron, algo que había estado deseando desesperadamente.

Una vez calmado en la soledad de su despacho, recapituló sobre lo absurdo de sus temores. Él era un vendedor profesional, uno de los mejores de la compañía, y no tenía motivos para temer que le pudieran hacer preguntas comprometedoras. Pero por absurdo que pareciese, durante unos instantes había llegado a sentir auténtico pánico ante el

temor de ver descubierto el Gran Secreto, algo que muy pocas personas en el mundo conocían y a causa del cual muchas otras habían llegado a perder incluso la vida.

Porque él había mentido al asegurar que no era posible prolongar artificialmente la vida, retrasando o incluso deteniendo el envejecimiento; sí que lo era, y de hecho la compañía llevaba practicándolo desde hacía décadas, por supuesto de forma clandestina aunque tolerada, y aun alentada, por unas autoridades que resultaban ser sus principales beneficiarias.

En realidad la actividad legal de la compañía, la contención de la pubertad en hijos de padres hedonistas o timoratos, cuando no ambas cosas simultáneamente, era una simple tapadera bajo la cual se camuflaba su verdadera labor, la de proporcionar una virtual inmortalidad a una serie de personajes que, por una u otra razón, habían conseguido alcanzar ese privilegio.

Eso sí, no había mentido en absoluto al afirmar que la inmortalidad generalizada habría acarreado indefectiblemente el caos y la desintegración social. Pero no eran esas en modo alguno las intenciones de quienes tenían en sus manos la llave para acabar con la tiranía de la muerte, sino otras muy diferentes, las de reservar estos beneficios tan sólo para unos pocos privilegiados mientras la inmensa mayoría de la humanidad no sólo quedaba al margen de ellos, sino que ni tan siquiera llegaría a ser consciente de la exclusión de la que habían sido objeto.

Prescindiendo del egoísmo intrínseco de la medida -al fin y al cabo la humanidad jamás había compartido nada con ella misma durante la totalidad de su historia-, cabría pensar que, si sólo podían prolongar su vida unos pocos, lo justo sería que fueran quienes más se lo merecieran, esa ínfima fracción de personajes que han resultado ser los motores de la civilización a lo largo de los siglos: artistas, escritores, músicos, científicos, pensadores, estadistas... aquéllos, en definitiva, cuya muerte supusiera una pérdida irreparable para la sociedad de la que formaban parte.

Pero no habían sido ellos los elegidos, sino otros muy distintos; justo aquellos que detentaban el poder a nivel mundial, no necesariamente a través de un cargo de gobierno o político. Unos perfectos desconocidos en su mayor parte para el común de los habitantes del planeta, pero a pesar de ello los verdaderos amos del mismo, con plena capacidad para decidir a su antojo, y sin el menor escrúpulo, sobre el destino de millones de personas. Poco les importaba a ellos el progreso de la humanidad salvo en lo que pudiera afectar a su propio beneficio, y desde luego no estaban en modo alguno dispuestos a compartir sus privilegios con ningún advenedizo que pudiera llegar llamando a las puertas de su particular Olimpo.

El método utilizado para retrasar el envejecimiento no realizaba milagros, pero se le aproximaba mucho. La capacidad de rejuvenecimiento de un cuerpo anciano resultaba ser notoriamente limitada, pero en contrapartida a ello se lograba evitar en su práctica

totalidad cualquier tipo de deterioro orgánico posterior al inicio del tratamiento, lo cual en sí mismo ya era bastante. Del mismo modo, también era posible prevenir casi cualquier tipo de enfermedad producida por el desgaste natural del cuerpo, incluyendo las cardiovasculares y las tumorales. Esto convertía a los beneficiarios de los tratamientos en unos seres virtualmente inmortales, quedando fuera de su paraguas protector tan sólo los imprevisibles casos de muerte accidental o violenta.

Paradójicamente, lo que resultaba más difícil era mantener todo oculto, máxime si se tiene en cuenta que la divulgación, siquiera parcial, del secreto podría tener consecuencias catastróficas; no resultaba nada sencillo camuflar la ausencia de envejecimiento de una persona, y no era menos complicado ocultar que ésta se mantuviera con vida después de un período de tiempo superior en mucho a lo razonable. Al parecer, este problema se había resuelto merced a una sofisticada trama de falsas defunciones y nuevas identidades capaz de hacer palidecer de envidia al más afamado autor de relatos de espionaje, pero como cabe suponer nada en concreto se sabía, incluso por parte de todos aquellos que, como era su caso, sí estaban al corriente de la existencia del Gran Secreto.

Por ello era mejor no saber nada fuera de lo estrictamente imprescindible, ya que indagar más allá de lo permitido suponía correr el riesgo cierto de desaparecer para siempre sin que nadie llegara a conocer jamás los verdaderos motivos de su repentina muerte; máxime, cuando la lealtad ciega hacia sus invisibles superiores era premiada con las migajas del festín. Él mismo llevaba años recibiendo en secreto un tratamiento limitado que, sin ser equiparable en modo alguno al de sus amos, sí le garantizaba una vejez larga y tranquila, libre por completo de plagas tales como los infartos, los cánceres o la demencia senil. Pero si no obedeciera, o si simplemente se fuera de la lengua aunque fuese por error, no sólo perdería de forma automática sus privilegios, sino que además su organismo, privado de lo que en definitiva no dejaba de ser un tipo especial de droga, no tardaría en rebelarse desarrollando en su interior, con una virulencia proporcional al tiempo durante el cual se habían visto retenidas, todas aquellas enfermedades a las que hasta entonces se les había estado poniendo coto.

Y él no deseaba en modo alguno que ocurriera esto, así que no le quedaba otro remedio que callar y obedecer al tiempo que seguía engañando a la sociedad con el señuelo de una burda manipulación hormonal al alcance de todos... de todos aquéllos que pudieran permitirse el lujo de pagar tan caro capricho. Pero la ambrosía era patrimonio exclusivo de los dioses.

UN FACTOR IMPREVISTO

El Gran Tass, Señor de los Cielos y los Planetas, emperador del sistema estelar de Nahum, era desde su trono de Kindal, la capital del planeta Noreh, el amo omnímodo de once planetas y dueño y señor de las vidas y haciendas de sus miles de millones de súbditos. Sus deseos eran ley, su voluntad indiscutida, y su poderío mayor que el de cualquier ser viviente que jamás hubiera alentado en todo el universo conocido.

Vencedor siempre sobre sus enemigos, a los que había exterminado sin piedad y sin cuartel, incluso había hecho morder el polvo a esos extraños invasores que tiempo atrás habían osado internarse en sus dominios pilotando un sorprendente planetillo hueco con el que se podían desplazar a voluntad, los cuales, camuflados tras falsas promesas de hermandad, no intentaron sino derrocarlo incitando para ello a la rebelión a los planetas súbditos Bagoah, Ursus, Naujan e Ibajay.

Cierto era que, tras haberse apoderado fugazmente del fabuloso vehículo, sin parangón con sus más poderosos autoplanetas, un audaz golpe de mano del líder enemigo se lo había arrebatado antes de que sus científicos hubieran podido arrancarle sus secretos, huyendo a refugiarse a las profundidades del universo para no volver nunca más a Nahum; de hecho, en su precipitación ni tan siquiera se habían preocupado en rescatar a los millones de compatriotas suyos que habían pasado a engrosar las nutridas filas de esclavos del pueblo de Nahum.

Pero eso era historia antigua, y si bien había tenido que tragarse la frustración de no haber podido convertir al planetillo en el buque insignia de su poderosa Armada Imperial, lo cierto era que ésta se había recuperado con creces de sus heridas siendo ahora mucho más fuerte de lo que hubiera sido nunca. Según sus estrategias, dado el tiempo transcurrido no era ya previsible que los uluranos, como se autodenominaban los invasores, volvieran a intentar de nuevo retar su poderío; y si lo hacían sería peor para ellos.

Castigados con la muerte los almirantes responsables del parcial descalabro, del que llegaron a enterarse muy pocos de sus súbditos gracias a la férrea censura imperial, los miembros de su actual Estado Mayor se mostraban muy seguros de su fortaleza; y él estaba de acuerdo con ellos. No había en el universo conocido rival capaz de retar a su poderío sin correr el riesgo de ser aplastado sin miramientos.

Pese a sus éxitos, había algo que le preocupaba cada vez más. Había triunfado ante todos, excepto frente al inexorable paso del tiempo. Se estaba haciendo viejo, y le parecía un sarcasmo que aquello que no pudiera lograr ninguno de sus numerosos enemigos, lo acabara consiguiendo la simple e inevitable decadencia de su propio cuerpo. Fueron muchos los científicos a los que recurrió para intentar retrasar siquiera

los estragos de la edad, y no pocos de ellos acabarían pagando con el destierro a las insalubres minas de dedona, lo que equivalía a una inexorable sentencia de muerte, su incapacidad para conseguirlo.

Había renunciado ya a su obsesión por recobrar la juventud perdida, cuando de repente volvió a recobrar la esperanza; quizá, pese a todo, hubiera una solución. Ésta vino de manos de un cirujano excéntrico, discutido por sus colegas y menospreciado por la élite nahumita, que le propuso una solución tan drástica y revolucionaria como innovadora, puesto que jamás hasta entonces se había ensayado en ser humano alguno cuanto menos de forma oficial, aunque sí, afirmó su interlocutor, de forma clandestina con condenados a muerte -un material, por cierto, tan abundante como barato a lo largo y ancho del imperio- a los cuales se había encargado él mismo de liquidar una vez comprobada la viabilidad del experimento.

Éste consistía en efectuar un trasplante de cerebro o, por decirlo con más exactitud, de cuerpo. Trasplantado el cerebro del anciano emperador a un cuerpo joven y vigoroso, podría empezar una nueva vida olvidándose durante bastantes décadas de los estigmas de la vejez. Y cuando ésta volviera a amenazar de nuevo, bastaría con volver a repetir la intervención. El Gran Tass podría convertirse así en un ser virtualmente inmortal. Por supuesto se trataba de una actividad que estaba, y seguiría estando todavía con mayor razón, radicalmente prohibida para sus súbditos; no tendría ninguna gracia que el todopoderoso emperador nahumita tuviera que vérselas con una estirpe de seres inmortales. Pero él estaba por encima de sus propias leyes, de modo que sería el único beneficiario de la misma.

El trasplante se realizó con éxito, y poco después el Gran Tass se veía de nuevo joven y vigoroso en el interior de un nuevo cuerpo. Tenía toda una vida -una no, se corregía, muchas- por delante, gracias a las cuales podría llevar su poderío hasta cotas jamás insospechadas. Ahora era Nahum, pronto serían los planetas thorbods, la lejana patria de los invasores uluranos, la totalidad del universo conocido... ¿quién sería capaz de poner límites a su inconmensurable ambición de poder? El Gran Tass se veía ya como el amo y señor de la galaxia entera; y ése sería tan sólo el primer paso.

Consolidado en el trono, con una renovada salud de hierro y con todos los posibles pretendientes a su corona convenientemente neutralizados, cuestión ésta nada baladí por cuanto el amor filial no era precisamente el fuerte de los ambiciosos príncipes de la casa real de Nahum, sobre todos si éstos llegaban a impacientarse ante la perspectiva de una espera demasiado larga, el Gran Tass, sin nadie que pudiera osar hacerle la más mínima sombra, se sentía exultante. Incluso volvió a recobrar el perdido interés por los placeres de todo tipo, incluido el sexo, ahora que podía volver disfrutar como lo hiciera antaño antaño de su recobrado vigor físico.

Al principio todo fue sobre ruedas en su renovado -en el sentido más literal de la palabra- reinado, pero pronto comenzaría a vislumbrarse un factor imprevisto que se encargaría de ensombrecer sus planes. Por una cruel paradoja del destino su cerebro, el único órgano que conservaba de su antiguo cuerpo, cedía ante los embates de la vejez, sin que existiera en todo el imperio un solo médico capaz de frenar el inexorable avance de la terrible enfermedad que lo atenazaba:

El alzheimer.

EL HEREDERO

-Lo lamento infinito, señor Mérez, pero tal y como le han explicado ya nuestros empleados, no nos es posible atender a su solicitud.

El aludido era un hombre de mediana edad, rechoncho y con una pronunciada barriga, ataviado con ropas caras que hacían bueno el conocido refrán de la mona vestida de seda. De hecho, el director ejecutivo de *Corporación Eugénésica* le había catalogado exactamente como lo que era: un nuevo rico tan podrido de dinero como carente no ya de cultura, sino también de educación. En otras palabras, el típico patán forrado de billetes.

Y en mala hora se le había antojado requerir los servicios de su compañía, y no con un encargo corriente -eso hubiera resultado sencillo de resolver para sus subordinados- sino con un capricho que había hecho sudar sangre a los agentes comerciales que le habían atendido en primer lugar.

Con un cliente normal este filtro habría resultado suficiente, pero Mérez distaba mucho de ser uno de ellos, y el muy condenado no sólo era plenamente consciente de ello sino que además lo explotaba con todo el descaro y sin el menor escrúpulo, con sus toscas maneras apenas suavizadas por el delgado barniz de su actual prosperidad. Así pues, lejos de aceptar la negativa, por lo demás razonada y justificada, había exigido -él nunca pedía, siempre exigía- hablar con “el jefe”, algo que evidentemente no estaba al alcance de cualquiera... pero sí del orondo -en todos los sentidos- propietario de *Empresas Mérez*, uno de los principales emporios económicos del planeta y accionista además, aunque minoritario, de *Corporación Eugénésica*. Así pues les tenía cogidos, para desesperación de sus gestores.

Y ahora estaba ante “el jefe”, dispuesto a imponer su capricho *por cojones*, su coletilla favorita con la que acostumbraba a “explicar” el modo en el que se había convertido en uno de los personajes más ricos del planeta, sin importarle lo más mínimo quien pudiera ser su estirado -y frecuentemente escandalizado- interlocutor.

-Tendrá que darme una buena razón para ello... -gruñó Mérez en todo amenazador-. por cierto, ¿le importa que fume?

Y sin aguardar respuesta alguna, sacó del bolsillo un grueso y ostentosamente caro habano procediendo a encenderlo con un encendedor de oro.

En realidad a su anfitrión sí le importaba, y mucho, que fumara en su presencia puesto que no soportaba el humo del tabaco, pero suspirando resignado ante la patata caliente que le había caído encima se limitó a desconectar de forma discreta el detector

de humos del despacho, evitando de esta manera que el sistema antiincendios del edificio les sorprendiera con una indeseada ducha. Por supuesto apelar a la ley que prohibía fumar en el interior de los edificios públicos no hubiera servido para nada, dado que Mérez solía jactarse de su afición por saltarse a la torera cuantas normativas legales tuvieran la desagradable costumbre de contradecir a sus antojos.

Por ello, no le quedó otro remedio que hacer de tripas corazón tragándose el apestoso humo -no por caro el dichoso habano olía mejor- que el ladino empresario parecía disfrutar echandoselo a la cara.

-Hay dos razones, tal como le fue comunicado por mis empleados; en realidad no le voy a decir nada que usted no conozca -respondió el ejecutivo apelando a toda su sangre fría al tiempo que realizaba denodados esfuerzos por no toser-. En primer lugar está la ley...

-¡Paparruchas! -le interrumpió el ricacho-. Si no lo pudiéramos hacer ni en Europa ni en América, siempre podríamos montar un laboratorio en cualquier país asiático o africano, donde seguro que sus autoridades no son tan quisquillosas como las nuestras. Y en último extremo, siempre podríamos hacerlo en un barco anclado en aguas internacionales, donde estos fulanos no podrían tocarnos las pelotas aunque quisieran. Por supuesto yo correría con todos los gastos, por eso no tendrían que preocuparse.

En realidad al representante de *Corporación Eugénica* esta “solución” sí le preocupaba, y mucho, temeroso de las posibles repercusiones negativas que una iniciativa de ese calado pudiera acabar teniendo en los negocios internacionales de su compañía, en modo alguno inmune ante unas posibles represalias, si no legales sí comerciales, por parte de la Unión Europea o del gobierno norteamericano, con diferencia sus principales clientes. Ciertamente era que la compañía había realizado más de una operación de este tipo en países con una legislación más relajada, pero siempre en secreto y sin que sus beneficiarios tuvieran nada que ver con el excéntrico y exhibicionista Mérez.

Así pues, el director optó por pasar por alto la sugerencia.

-La segunda razón es decididamente irresoluble -continuó impertérrito y gozando en el fondo por contradecir a tamaño patán.

-Me cisco en la irresol... en eso -respondió con brutalidad su cliente potencial-. Poco es lo que hay que no se pueda resolver con dinero.

-Mucho me temo que en esta ocasión no sea así, y le recuerdo que ya fue convenientemente informado de ello -se vengó el director, al tiempo que repasaba mentalmente las circunstancias que habían motivado la insólita petición del millonario.

Robustiano Mérez, de antecedentes no ya humildes, sino decididamente arrabaleros, era el típico ejemplo de magnate hecho a sí mismo partiendo de la nada y, a decir de muchos, por supuesto a espaldas suyas, gracias a unos negocios sospechosamente poco limpios. Casado en los inicios de su carrera con su novia de toda la vida, una muchacha casi analfabeta criada en su mismo barrio, llegó un momento en el que estimó, cuando era ya razonablemente rico, que al igual que su nuevo estatus social le exigía exhibir sus coches deportivos, sus mansiones espectaculares o sus ropas confeccionadas por las marcas más caras -que le sentaran como a un Cristo dos pistolas era ya otro asunto que a él personalmente no le importaba-, también debería “mejorar el ganado” en palabras textuales suyas.

Así pues se divorció sin pensárselo dos veces aunque, eso sí, fue generoso con su ex-mujer, algo que por otro lado podía permitírsele, casándose acto seguido con una rubia explosiva que había alcanzado cierta popularidad como “presentadora” en una cadena de televisión en la cual la ramplonería de sus programas era la marca de la casa. Poco le importó que la afortunada, por edad, pudiera haber sido su hija, y en cuanto a sus dudosas aptitudes intelectuales -de su bagaje cultural menor no hablar- éstas no sólo no le importaban sino que incluso lo prefería así, puesto que jamás hubiera soportado estar casado con alguien que le superara en inteligencia.

Por supuesto, quedó completamente convencido de que el éxito de la conquista se había debido a sus dotes personales y a su desbordante hombría.

Claro está que todavía le quedaba un “pequeño detalle” para rematar el edificio de sus ambiciones o, por decirlo de una manera más gráfica, para conquistar la última pluma que necesitaba para completar su pavoneo: necesitaba un heredero, dado que con su primera mujer no había tenido hijos. Pero no un heredero cualquiera, sino alguien digno de sucederlo acrecentando sus triunfos.

Justo ahí era donde entraba en escena *Corporación Eugenésica*. Como su propio nombre indicaba, *Corporación Eugenésica* pretendía mejorar el patrimonio genético de la humanidad o, cuanto menos, el de aquellos padres que estuvieran dispuestos a pagar sus tarifas, que no eran precisamente baratas.

Inicialmente la compañía había sido creada para ayudar a quienes, queriendo tener descendencia, se encontraban con el riesgo potencial de transmitir a sus hijos enfermedades hereditarias tales como la hemofilia, el daltonismo o muchas otras con consecuencias todavía más graves como el síndrome de Down, la fibrosis quística, la enfermedad de Huntington, la retinosis pigmentaria, el síndrome de Marfan y muchas otras. Lo que prometía la compañía era “limpiar” los gametos de los progenitores de los genes malignos que pudieran portar, garantizándoles una descendencia sana y robusta.

Sin embargo, éste fue sólo el principio. Es evidente que cualquier padre en su sano juicio desearía siempre que sus hijos nacieran libres de enfermedades y defectos, pero...

¿por qué no ir un poco más lejos? Al fin y al cabo, a todos nos gustaría también tener vástagos no sólo sanos, sino también guapos, altos, inteligentes... es decir, todo aquello cuya carencia no supone necesariamente algo negativo, pero cuya posesión puede ayudar, y no poco, al éxito social.

Fue entonces cuando surgió el primer escollo. En los países desarrollados y no sometidos a ningún tipo de teocracias retrógradas la ley autorizaba, más o menos a regañadientes -es sabido que los legisladores suelen ir siempre a la zaga de los avances científicos-, la eugenesia cuyo fin fuera evitar enfermedades hereditarias o congénitas, pero no la tendente a “mejorar” los resultados en la reproducción humana, cuya práctica solía estar por lo general prohibida.

Pero como la demanda era fuerte, los beneficios potenciales jugosos y la compañía, firmemente asentada ya, contaba con un excelente gabinete de asesores legales, sus responsables decidieron apurar al límite los resquicios que presentaba la ley. Paralelamente, y obrando con notable astucia, la compañía había creado una filial dedicada a la investigación y síntesis de nuevos fármacos mediante ingeniería genética, la cual, gracias a los conocimientos transferidos desde su matriz, todos ellos convenientemente blindados por una batería de patentes, había logrado unos resultados muy positivos en la lucha contra varias enfermedades importantes. El mensaje estaba claro, y garantizaba unos aceptables niveles de tolerancia por parte de unos gobiernos que se veían incapacitados de cargar todo el peso de la ley sobre uno de los platillos de *Corporación Eugénica* sin que el otro se les desequilibrara.

Eso sin contar, claro está, con lo que era un secreto a voces, el hecho de que buena parte de sus mejores clientes procedían tanto de lo que comúnmente se conoce como poderes fácticos, como de la no menos poderosa y ambiciosa casta política, ninguno de los cuales estaba interesado en tirar piedras a su propio tejado.

Así pues, siempre y cuando la compañía fuera lo suficientemente discreta o, según los maledicientes, hipócrita, en la práctica se podía desenvolverse con relativa soltura.

Pero sólo relativa, ya que también contaba con numerosos detractores a los que había que mantener a raya. Y luego estaba el problema de Robustiano Mérez, quien acostumbrado a ir siempre de por libre no era precisamente el más indicado para cumplir con ese pacto tácito de silencio que tan buenos resultados le había venido dando a la compañía.

Y él lo sabía, y sabía que sus interlocutores lo sabían, pero conforme a lo que se podía considerar como la marca de la casa, nada deseaba más Mérez que imponer su santa voluntad saltándose a la torera todo cuanto se interpusiera en su camino; y cuanto más alto fuera el muro, mayor placer encontraría en saltarlo.

Aunque en esta ocasión había topado con un hueso duro de roer.

-¡...De mí no se ríe nadie! -bufaba iracundo su tosco interlocutor cuando el director ejecutivo volvió a la cruda realidad con la que se enfrentaba-. ¡Soy capaz de comprar el cincuenta por cien de las acciones de su asquerosa compañía y darme el gusto de ponerles a todos en la calle!

Capaz era, por supuesto, pero eso no le serviría de mucho dada la extrema especialización de sus profesionales, a los que resultaría muy difícil, por no decir imposible, reemplazar. Pero el director prefirió optar por la vía diplomática rehuyendo el enfrentamiento, por más que se lo estuviera pidiendo el cuerpo.

-Nadie pretende reírse de usted, señor Mérez -respondió al fin haciendo acopio de paciencia-. Simplemente hay cosas que nos es de todo punto imposible hacer, y no porque haya leyes que lo prohíban, sino porque nuestra tecnología tiene unos límites que no podemos rebasar por mucho que lo pretendamos, al menos por el momento. Somos humanos, no dioses omnipotentes.

-Sepa usted que me he informado bien antes de venir aquí -bufó el aludido negándose a dar su brazo a torcer-; no soy tan inculto como la gente va diciendo por ahí, y sé que todo lo que somos está escrito en esas cosas pequeñas que tenemos dentro de las células y que hacen que seamos como somos y no una rana o un caballo...

-Los genes -suspiró el ejecutivo.

-Eso mismo, lo tenía en la punta de la lengua... genes -pareció paladear la palabra-. Ustedes cambian un trozo por otro conforme se les antoja, y según eso el niño sale blanco o negro, alto o bajo, guapo o feo...

En otras circunstancias el director habría sonreído ante tamaña muestra de incultura e ingenuidad, pero ahora éste no era el caso. De hecho, estaba ya más que razonablemente harto de tener que aguantar a semejante cretino.

-Señor Mérez -le interrumpió con falsa suavidad-, por desgracia las cosas no son tan sencillas. Permítame que se lo explique con un símil. ¿Lee usted mucho?

La pregunta tenía trampa, y el interpelado mordió el anzuelo hasta adentro.

Tengo muchos libros en casa -presumió, callando que los había comprado por metros de estantería eligiéndolos en función del lujo de sus encuadernaciones, y que no había abierto ni uno solo, limitándose a tenerlos de adorno-. Pero la verdad es que no tengo mucho tiempo para... -se mordió la lengua a tiempo- leerlos.

-Bien, pero conocerá al Quijote...

-Por supuesto, por supuesto... -respondió el empresario con la misma rotundidad que si le hubieran preguntado por *La divina comedia*, *Los miserables*, *Crimen y castigo*,

Hamlet o por cualquier otra obra maestra de la literatura universal que ni había leído ni pensaba leer, ni por supuesto sabía tan siquiera que existieran.

-Imagínese usted que a su Quijote le faltaran varias hojas, precisamente las que narraban alguno de los episodios claves de la novela, y que al leerlo usted se quedara sin poder saber lo que ocurría en ellas...

-Eso no es problema -le interrumpió-; compraría otro.

Disimulando su profundo desagrado por la perogrullada que le había colado semejante patán, el estirado ejecutivo continuó:

-Reconozco que el ejemplo no ha sido demasiado afortunado -concedió-, así que permítame que cambie el Quijote por un incunable...

-¿Un qué? -le interrumpió de nuevo su interlocutor- ¿Qué tiene que ver aquí un inclusero?

-Estoy hablando de libros, no de bastardos -mordió literalmente las palabras-. Un incunable es un libro muy antiguo del que no existe más de un ejemplar en todo el mundo -la definición, evidentemente, no era la correcta, pero para acallar a semejante zopenco serviría.

-¡Ah, ya lo entiendo! Un libraco apolillado de esos que nadie lee...

-Sí, tan apolillado que le faltan trozos enteros que hacen imposible su lectura, por lo que si usted... -se enmendó- o quien quiera que fuera su propietario deseara tenerlo completo, no tendría manera de copiar de otro libro similar las partes perdidas. Tendría que inventárselo intentando imitar el estilo y el contenido del resto del libro, pero nunca podría restaurar el texto original; incluso lo más probable es que el resultado final fuera muy distinto.

-Bueno, ¿y qué? -la estolidez de Mérez estaba resultando ser más corrosiva que un ácido para el autodomínio de su forzado anfitrión-. ¿Qué tiene que ver eso con el problema que me ha traído aquí? Yo quiero un hijo, no libros.

Reprimiendo a duras penas los deseos de estrangularlo con sus propias manos, el director continuó:

-Tiene mucho que ver, aunque a usted no se lo parezca. Los genes defectuosos que nosotros reparamos son tan corrientes que los tiene todo el mundo, razón por la cual no encontramos el menor problema a la hora de buscar unos sanos para copiarlos y reemplazar con ellos las partes dañadas o perdidas.

-¿Entonces? -como cabía suponer, la paciencia no era uno de los fuertes del empresario.

-El problema estriba en que, al igual que ocurre en el símil del incunable que le puse, lo que usted nos pide es que nos inventemos secuencias completas del genoma... del libro, para entendernos, completamente ajenas a la especie humana y de las cuales ni tan siquiera disponemos de ninguna muestra que pudiéramos copiar. Y nosotros no podemos hacer eso, señor Mérez, y no porque no queramos o porque nos lo prohíban, sino porque las posibilidades de conseguir un embrión viable en estas circunstancias serían virtualmente nulas. La genética no es como la pintura o la escultura, en las que cualquier aspirante a artista puede hacer lo que más le apetezca, desde las Meninas o el David hasta las extravagancias sin sentido que se ven en los museos de arte contemporáneo. En nuestro campo lo más que podemos hacer es reparar y copiar, pero no inventar lo que nos parezca, y si por casualidad nos desviamos lo más mínimo de las líneas trazadas por la evolución, lo más normal es que acabemos tarde o temprano ante un callejón sin salida.

-Pero lo que yo quiero que le hagan a mi futuro hijo existe... objetó Mérez, ya no tan seguro- Yo no me he inventado nada.

-Claro que existe; pero no en la especie humana. Usted no puede pretender poner a un caballo alas de águila, y que además vuele. De hecho, ese hipotético pegaso ni siquiera llegaría a nacer, se frustraría ya en las primeras etapas de su desarrollo embrionario.

-Hum... sería divertido, pero ¿para qué querría yo un bicho de esos? -masculló el empresario haciéndose el gracioso, sin que su interlocutor fuera capaz de adivinar si hablaba o no en serio-. Menudo problema tendría para guardarlo en casa... -concluyó, rematando el chascarrillo con una estruendosa carcajada.

-Mucho me temo, señor Mérez, que sigue sin comprender la verdadera raíz del problema -le respondió el representante de la compañía en tono glacial.

-¡Y yo me temo que son ustedes los que no quieren hacerme ni puñetero caso! -bufó el aludido, pasando sin solución de continuidad de la hilaridad a la irritación-. Yo no quiero caballos con alas, elefantes con cuernos, perros que hablen o zarandajas por el estilo, sino tan sólo un hijo perfecto y sin ningún tipo de defectos. ¿Tan difícil es de entender esto?

-Si usted quisiera tan sólo depurar el patrimonio genético de su hijo de todo tipo de taras, o incluso mejorarlo dentro de unos márgenes razonables, no estaríamos discutiendo aquí, hace tiempo que se habrían hecho cargo de ello mis subordinados. Pero lo que usted pretende, en realidad, es que le fabriquemos un superhombre, y eso es

algo que nos desborda por completo. Por mucho que usted se empeñe, insisto en ello, no somos dioses, ni nuestra tecnología es ilimitada.

-Ustedes llaman superhombre a lo que yo entiendo como una simple mejora... - porfió el tozudo millonario- yo no quiero que mi hijo sea Superman, pero sí que sea mejor que toda esa morralla de humanos vulgares.

-No nos ha pedido que su futuro hijo fuera Superman, en efecto... pero poco le ha faltado. Y no hablo de oídas, le aseguro que me he estudiado en profundidad su expediente -afirmó el representante de *Corporación Eugénica* al tiempo que esgrimía una gruesa carpeta-. Y si me lo permite, voy a repasar delante de usted los puntos más importantes del mismo, para que se convenza por sí mismo de que lo que nos pide es irrealizable.

Y sin aguardar respuesta, tras abrir la carpeta, explicó:

-Usted nos pide que su hijo, por supuesto varón, mida entre uno noventa y dos metros de estatura; que sea rubio y con los ojos azules, atlético y capaz de competir con éxito en cualquier deporte de élite. Asimismo quiere que su cociente intelectual sea superior a la media y que domine disciplinas tales como la ciencia, la economía y la política; por cierto -añadió con malicia-, creo que olvidó incluir también el arte y la cultura.

Tras una breve pausa, continuó:

-Quiere que le potenciemos las regiones cerebrales responsables de la memoria, y que le inculquemos dotes de mando, capacidad de decisión y una serie de aptitudes que usted considera positivas tales como la audacia, la valentía, la capacidad de liderazgo, la fortaleza, la decisión, la astucia... ¿me dejo algo en el tintero?

-¿Y qué tiene eso de malo? -rezongó el empresario, removiéndose inquieto en su asiento sin disimular su enfado-. Es normal que un padre quiera lo mejor para su hijo. Y si yo puedo pagarlo...

-No es cuestión de que pueda pagarlo o no, al fin y al cabo *Corporación Eugénica* es una empresa, no una entidad benéfica. El problema, vuelvo a repetirlo, es que no nos resulta técnicamente posible acceder a sus deseos. Y menos mal que no nos ha pedido que su hijo domine además la telepatía, la telecinesis o cualquier otra capacidad extrasensorial... -concluyó mordaz.

-No le consiento que se burle de mí -gruñó Mérez con ademán amenazador-. Y tampoco estoy dispuesto a aceptar una negativa sin que me dé una buena razón para ello.

-Llevo más de media hora dándoselas... -suspiró su resignado anfitrión- no tengo la culpa de que usted se niegue en redondo a entenderlo. Ya le he dicho que nuestra capacidad de manipulación de los genes es limitada, y que lo más que podemos hacer es reparar los daños existentes o, como mucho, sustituir cadenas de nucleótidos por otros similares... pero de ahí a “fabricar” niños de encargo media un abismo, máxime -aquí aprovechó para clavar una banderilla- cuando el material de partida, perdóneme que le diga, deja mucho que desear. Vamos, que lo que usted nos pide rozaría el milagro.

-¿Insinúa acaso...? -gritó el aludido, rojo de ira, poniéndose en pie de un salto.

-No insinúo, afirmo -remachó su interlocutor saboreando la venganza mientras por precaución rozaba con el dedo el botón oculto que llamaría a los agentes de seguridad del edificio- que nos sería imposible conseguir lo que usted nos propone a partir de un material genético tan... ¡hum! digamos convencional.

-¡Esto es un insulto!

-No me malinterprete -doró la píldora-, no quiero decir con ello que usted no reúna cualidades, si ha llegado tan alto no es por casualidad, pero lamentablemente esto no nos resulta de utilidad para lo que usted pretende. Reflexione usted y dígame, con total sinceridad, si piensa que reúne una sola de las aptitudes físicas -obvió las mentales- que desea para su futuro hijo.

-¿Por qué cree que he recurrido a ustedes? -preguntó estólidamente el empresario- Porque quiero mejorar mi estirpe.

-Eso es muy loable, por supuesto, pero lamentablemente la mejora que le podríamos proporcionar, aun siendo notable, no llegaría a cubrir sino una pequeña parte de sus expectativas, eso sin contar con el considerable margen de incertidumbre existente en este tipo de manipulaciones genéticas. Tenga en cuenta que no basta con modificar o cambiar un gen por otro, también dependemos de que luego éste se llegue a activar o no, según unos mecanismos que todavía distamos mucho de controlar. Eso sin contar, claro está, con el factor ambiental y con la educación que ese niño fuera a recibir. Y por favor, si se sienta resultará mucho más cómodo para los dos.

Apabullado por un torrente de tecnicismos que era incapaz de comprender, el candidato a padre obedeció en silencio. El director ejecutivo de *Corporación Eugénica* había logrado recuperar las riendas, mientras su tosco visitante oía boquiabierto sus palabras.

-¿Entonces? -logró balbucir al fin.

-Créame que estamos dispuestos a hacer por usted todo lo que podamos; otra cosa es que eso alcance a satisfacer todos sus deseos. Aun a riesgo de pecar de pesado, vuelvo a repetirle que nuestra capacidad de maniobra es limitada.

-Está bien -concedió Mérez, relativamente esponjado-. ¿Cuándo podríamos empezar?

-¿Empezar? -el ladino director fingió sorprenderse mientras preparaba la estocada final-. Si ya hemos empezado...

-¿Que ya han empezado? -la sorpresa de su cliente sí era real-. No lo entiendo...

-Bueno, en sentido estricto, nosotros no... -la puntualización era también puro teatro- pero sí la clínica *Neonat* a la que acudió su esposa, la cual pertenece a nuestro grupo empresarial; con lo cual, todo se viene a quedar en casa -sonrió.

-¿Cóooooo? -Mérez abrió unos ojos como platos.

-Esto... su esposa está embarazada. ¿No lo sabía?

-Yo... no...

-¡Vaya, hombre, me temo que le he chafado la sorpresa! Lo siento... -mintió con descaro- Aunque de todos modos, no podríamos haber seguido adelante sin decírselo, claro. Espero que su esposa no se enfade demasiado con nosotros por habernos adelantado.

-Eso acelera las cosas, supongo... -apuntó el empresario luchado entre la indignación y la vanidad.

-En realidad las cambia por completo...

-¿Y por qué no me lo dijo antes? -protestó el interesado en un súbito arranque de ira- Me habría ahorrado este ridículo.

-Usted no me dejó hacerlo, bastante tuve con defenderme de sus acusaciones -se excusó el ejecutivo con suavidad-. De todos modos, no pienso que usted haya hecho el ridículo, ni mucho menos.

-¡Está bien, está bien! -atajó su interlocutor, incómodo- Dígame en qué cambian las cosas.

-En todo... nuestra selección genética, o mejora, si quiere usted llamarla así, siempre se realiza en los gametos, espermatozoides y óvulos para entendernos -explicó-, nunca en los embriones ya fecundados puesto que en ellos la dificultad para trabajar es mucho mayor. Luego, una vez depurados, procedemos a efectuar una fecundación in

vitro, tras lo cual implantamos finalmente los embriones en el útero de la madre. ¿Me sigue?

-Más o menos... -rezongó el aludido en un poco afortunado intento de disimular su ignorancia.

-Bien, con que comprenda lo básico es suficiente. El caso es que su esposa quedó embarazada de forma natural, y cuando acudió a nosotros, bueno, a nuestra clínica obstétrica, el embrión ya era demasiado grande como para poder hacer demasiadas cosas con él... salvo dejar que la naturaleza siguiera su curso.

»Pero no se apure -continuó-, le aseguro que ha tenido mucha suerte, ya que según todas las pruebas realizadas tampoco habría habido necesidad de manipular apenas su material genético... el suyo y el de su esposa, claro. Su hijo nacerá sano y fuerte; no será un superhombre, por supuesto, pero tampoco lo hubiera sido de haber sido engendrado en nuestras instalaciones, y con toda seguridad tampoco acabaría siendo demasiado distinto. Además, si no queda satisfecho, siempre podríamos darle un hermano.

-No, eso no; quiero que mi heredero sea único y, si ello no es posible, que sea el primogénito. Espero que no se equivoquen...

El resto fue ya pan comido para el astuto ejecutivo, acostumbrado a lidiar con todo tipo de contendientes. Mérez se marchó satisfecho, o por lo menos aparentemente no irritado lo cual, dado su carácter, era ya un considerable logro. Además, sería difícil que volviera por allí, puesto que ahora sería la clínica filial la que se encargaría de atender el embarazo de su mujer.

Satisfecho, se dirigió al mueble bar camuflado que poseía en el despacho -no era cuestión de dar una mala imagen a sus visitantes- y se sirvió una generosa copa de su brandy favorito. Aunque las personas como Mérez le repugnaban profundamente, no por ello dejaba de saborear el placer de la victoria.

Y había sido sincero... al menos hasta donde pudo serlo. Era totalmente cierto lo que le había dicho al empresario; su esposa se había quedado embarazada de forma natural, y el embrión había resultado ser un magnífico ejemplar sin necesidad de manipulación alguna. El tipo tendría un hermoso hijo, sin duda mucho mejor de lo que se merecía.

Lo que había callado era que su bagaje genético, al menos en lo que a la contribución masculina se refería, no procedía, según los análisis realizados en la clínica, de los vulgares cromosomas de Mérez.

Por supuesto la vida privada de ese fulano era algo que le traía completamente sin cuidado, y si su mujer le había puesto los cuernos con cualquier bigardo que se le pusiera a tiro era un problema exclusivamente suyo.

Además, según el informe reservado que le habían remitido de la clínica, la adúltera había tenido muy buen gusto. Aunque no resultaba posible averiguar -ni tampoco tenía el menor interés en hacerlo- quién podría haber sido el padre biológico de la criatura, era inevitable atar ciertos cabos. Al parecer, la señora de Mérez se había desplazado hasta la clínica en un imponente *Mercedes* último modelo conducido por un también imponente chófer que había dejado sin habla a todo el personal femenino del establecimiento.

En cualquier caso, al director ejecutivo de *Corporación Eugénica* le cabían pocas dudas de que Mérez acabaría estando muy satisfecho con su heredero... al menos, mientras no fuera demasiado puntilloso ni se preocupase por cosas tales como los análisis de ADN.